CONQUISTA ESPACIO



MICROINVASION

Law Space

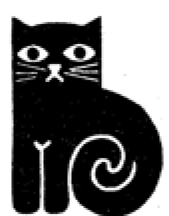
CIENCIA FICCION

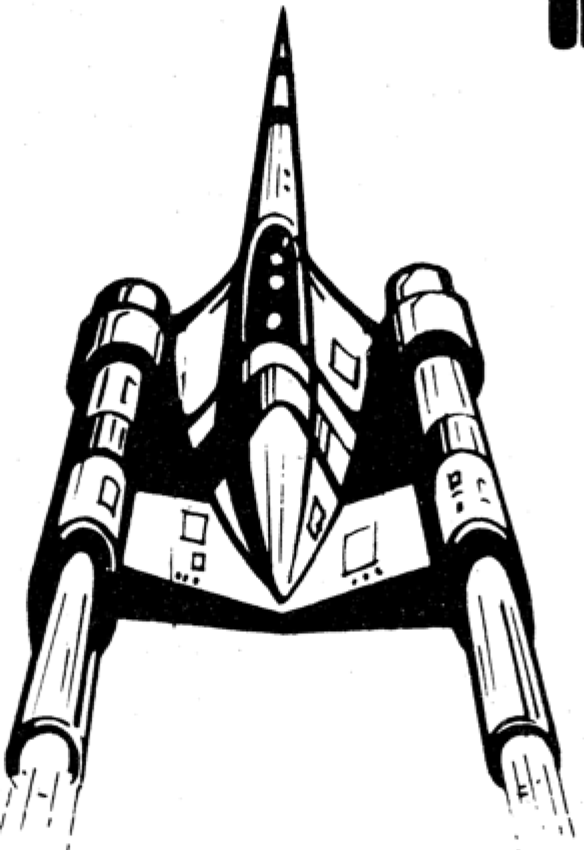


MICROINVASION

Law Space

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

694 — *El enviado de Bongo,* Joseph Berna.

695 — *El investigador,* Rocco Sarto.

696 — *Los hijos de Selene,* Ralph Barby.

697 — *El planeta de los hombres-toro*, Joseph Berna.

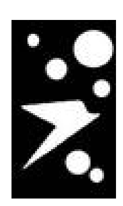
LAW SPACE

MICROINVASION

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 699

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 40.281-1983

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición en España: enero, 1984

l.ª edición en América: julio, 1984

texto

© Nuñez - 1984

cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

Seiscientas astronaves surcaban el espacio; la negrura infinita se extendía ante ellas, que se movían en el cosmos, fuera de la distancia y el tiempo, anulados ambos por la velocidad límite que las impulsaba.

Seiscientas espacionaves a diez tripulantes cada una: un total de seis mil seres que habían abandonado, hacía mucho o poco —el tiempo había perdido toda medida para ellos—, la lejana Galaxia moribunda, donde había nacido y donde quedaban los cadáveres de cien generaciones que les habían precedido.

La loca carrera había empezado muchísimo tiempo atrás, no el suficiente, sin embargo, para que la muerte hubiese acabado con los pioneros; pero de todos modos había gente que iba envejeciendo y en cuyos ojos se leía la nostalgia de aquellos mundos que la fatalidad cósmica les había obligado a abandonar.

A pesar de constituir una raza evolucionada y de que la técnica había llegado en ellos a adquirir una preponderancia tremenda, los Ux —así se llamaban— se lanzaron a la aventura, dispuestos a correrla con todas sus imposiciones y… con todos sus imprevistos.

Eran como seiscientas carabelas surcando un océano profundo, celoso en busca de una nueva tierra, de un novísimo mundo donde poder seguir viviendo, ya que lo primero que se imponía, con la fuerza de una ley, era subsistir, ser, por encima de todo.

Krak era el jefe de aquella colosal expedición.

¿Monarca? ¿Jefe de Gobierno? ¿Director?

Los Ux habían sobrepasado todos los estados de elemental constitución social, llegando a una fase que sería completamente inexplicable para los humanos. La sociedad, entre ellos, se había «vaporizado», «diluido» tanto que nadie hubiera podido comprenderla, ya que a pesar de su fluidez se mantenía, al mismo tiempo, con una solidez inconcebible.

Un desarrollo extraordinario de la capacidad mental, que se había extendido a todos los Ux, terminó definitivamente con esa división de trabajo, fuente de muchos males, que fue encomendada a las

máquinas. Y los Ux, libres de las trabas de un servilismo industrial que no conocían, se habían dedicado al estudio, al arte y a la contemplación.

La astronave de Krak iba a la cabeza de todas, destacada, a una distancia respetable. Y Krak, que como todos los Ux apenas si tenía necesidad de descanso fisiológico, estaba casi siempre en la sala de proa, repasando la marcha de los complicados aparatos de astronavegación o, algunas veces, lanzando miradas al espacio estrellado.

Los Ux no se diferenciaban extraordinariamente de los seres humanos, siendo por el contrario sensiblemente semejantes. Quizá la anchura de la frente y el tamaño de los braquiocefálicos cráneos les hubiera hecho pasar, entre los terrícolas, como seres afectos de un extremado raquitismo; pero, por lo demás, poseían un tronco y cuatro extremidades como los habitantes de la Tierra.

Los aparatos automáticos, ante los vigilantes ojos de Krak, oscilaban, se iluminaban, cambiaban de color o hacían que las agujas se moviesen de un lado para otro. Y aquel lenguaje se traducía, en la mente del Ux, en ideas concretas que iban señalándole el camino que seguía la expedición de su pueblo.

Brazos invisibles, como tentáculos enormes, del «radar-prospector» analizaban los astros, a muchos miles de kilómetros de distancia, inscribiendo preciosos datos en los cerebros electrónicos que iban dando a Krak los paisajes fisicoquímicos de los mundos analizados.

«Cloro… Bromo… Oxígeno… Carbono… Metano…»

Las cifras indicaban las cantidades existentes de cada uno de los elementos y, al final, cuando todos los datos estaban en posesión de las máquinas cibernéticas, el resultado se volcaba en una cartulina, que caía no lejos de las manos de Krak.

NO HABITABLE… NO HABITABLE…

Fue en aquel momento cuando Tem se acercó al jefe de la expedición.

—¿Nada todavía, Krak?

—No.

—Tendremos paciencia.

—No creo que tardemos mucho en encontrar lo que deseamos.

Hay una Galaxia en forma lenticular, apenas visible aún, pero cuyas condiciones deben de ser semejantes a las de la nuestra.

—No olvides que en la nuestra, fuera de nuestro planeta, no había ninguno más habitable.

—Lo sé. Intentamos, como recordarás, habitar los planetas exteriores a nuestro sol; pero la vida debajo de aquellas campanas transparentes, teniendo que colocarse la escafandra espacial cada vez que salíamos de ellas, se hizo insoportable. Por otra parte, la vegetación es la base de nuestra vida y aquellos planetas no eran más que rocas áridas sin muestra alguna de flora.

—¡Ya puedes imaginarte mi ansia porque este pesado viaje se termine!

—Todos sienten lo mismo, Tem; es verdad que el viaje empieza a hacerse molesto, a pesar de que la idea del tiempo se ha perdido para nosotros y que la de nuestros relojes ya no significa nada. Por eso, como todos los demás, deseo acercarme a aquella Galaxia, porque estoy seguro de que nuestra futura patria se encuentra allá.

Tem se acercó al visor de proa, que era en realidad un cristal dotado de potentes propiedades telescópicas, y lanzó una mirada a la masa blancuzca hacia la que avanzaba la astronave.

—¿Es ésa?

—Si.

—¿Cómo se ve tan borrosa?

Krak sonrió antes de contestar.

—Es el efecto de la velocidad que llevamos. Moviéndonos más aprisa que la luz, gracias a nuestros motores de fotones acelerados, la luz que nos llega de la Galaxia va sobreponiéndose y forma esas manchas que difuminan la visión.

Tem apenas si le escuchaba. Sus ojos habían adquirido un brillo intenso y estaban clavados en aquel lejano montón de estrellas, forzándose por imaginar cómo sería el mundo que les destinase el azar.

—¿Has analizado la estructura general de la Galaxia? —inquirió sin volverse.

—¿Quieres decir que si es tan vieja como la nuestra? No, querido

amigo: respecto a eso puedes estar completamente tranquilo… Creo que ni llega a los mil millones de años; eso quiere decir que está en plena juventud.

—No quisiera que los Ux volviesen a atravesar los tiempos por los que pasamos nosotros. ¿Recuerdas la invasión de hielos? ¿La desaparición de la fauna? ¿La soledad que, con una noche eterna, cayó sobre nuestro planeta?

—Eso no lo olvidaré jamás.

—Por eso debemos hacer lo imposible para borrar hasta el recuerdo. Que nuestras futuras generaciones no oigan siquiera hablar de ello. ¿No te parece?

Krak hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es mejor que sea así.

Guardaron nuevamente silencio, Krak pendiente de los aparatos, Tem sin despegar la mirada del enjambre de estrellas que parecía ir creciendo.

—Dentro de muy poco —dijo Krak, como si estuviese leyendo los pensamientos de su compañero— podremos saber la situación de nuestra próxima morada.

—Lo estoy deseando.

Luego, Tem salió de la cabina de proa, moviéndose despacio por los pasillos que llevaban al salón de la tripulación, situado hacia la mitad de la espacionave.

Allí estaba Smila, su joven esposa.

Se sonrieron, sentándose el uno junto al otro.

—¿Hay noticias? —inquirió ella con una punta de curiosidad en la voz.

—Pronto las habrá, querida.

—He estado pensando en algo, Tem.

—Dímelo.

Ella bajó los párpados, como si entonces temiese decirlo.

—Te burlarás de mí; en realidad, querido, no ha sido más que un

sueño, una estúpida pesadilla que me hizo sufrir muchísimo.

—Cuéntamela; me agradará oírla.

Ella miró a los otros, pero nadie hacía caso de la pareja y los grupos charlaban animadamente entre sí.

—Soñé que ese mundo al que vamos estaba habitado...

Vio cómo sonreía él e hizo una mueca.

—¡Ya sabía que te ibas a reír de mí!

—No, querida; pero debes pensar que nadie más que nosotros habita el cosmos. Ya sabes que hemos encontrado vida en nuestros planetas exteriores; pero se trataba de seres elementales, de forma de vida sin progresión posible. Aunque —añadió sonriendo—, es posible que soñases con seres de esa estirpe, en cuyo caso creo haber hablado demasiado.

—No, Tem querido. Los habitantes con los que he soñado eran como nosotros; es decir, algo diferentes, pero no mucho.

—¿Y qué otras características tenían?

Ella le miró, con los ojos abiertos.

—Eso fue lo más horrible, amor mío. Esos seres eran gigantescos, hasta donde no se puede concebir. Su altura sobrepasaba todo lo imaginable y, al mismo tiempo, eran tan inteligentes como los Ux, a los que destruyeron con una facilidad sorprendente.

El le acarició las manos, notando que se habían quedado frías por la tensión emocional que la poseía.

—Tranquilízate, cariño. Todo eso no son más que sueños; pero si fuese verdad, no es posible que la inteligencia de esos seres sea como la nuestra. Y los Ux triunfarían de esos peligros, desalojando a tan indeseables gigantes de un planeta que sirviese a nuestros propósitos.

—Ya sé que soy tonta, Tem; pero te aseguro que pasé muchísimo miedo. ¡Cuánto me hubiera gustado tenerte a mi lado!

—Ya sabes que fue imposible, Smila. Estaba de guardia en la cabina de proa, junto a Krak. El está allí casi siempre.

—¡No olvides que no tiene esposa!

Tem sonrió.

En aquel momento la placa que le colgaba del cuello se iluminó, apareciendo sobre su pulida superficie el rostro de Krak.

Tem cogió la plaquita entre los dedos, colocándola ante su rostro, de forma que Krak pudiese también verle en su televisor portátil.

—¿Qué hay? —inquirió.

La voz del jefe, matizada por el minúsculo altavoz de la placa, se dejó oír.

—¡Ven en seguida, Tem!

—¡Ahora mismo!

La imagen desapareció, y Tem, después de inclinarse sobre su esposa, a la que besó en la frente, salió del salón, dirigiéndose a pasos precipitados hacia la cabina de proa.

Encontró a su compañero inclinado sobre los aparatos y con un peculiar brillo en los ojos.

—¿Ha ocurrido algo?

Krak se irguió con un gesto triunfante, moviendo entre sus dedos la cartulina que el cerebro electrónico acababa de despedir por la ranura.

—¡Aquí lo tienes, amigo mío!

Arrancándole casi la tarjeta de la mano, Tem se apoderó de ella y echó una ansiosa ojeada a las palabras que había escrito la máquina en ella.

«HABITABLE… HABITABLE… HABITABLE…»

—¡Por fin! ¡Voy a decírselo a todos!

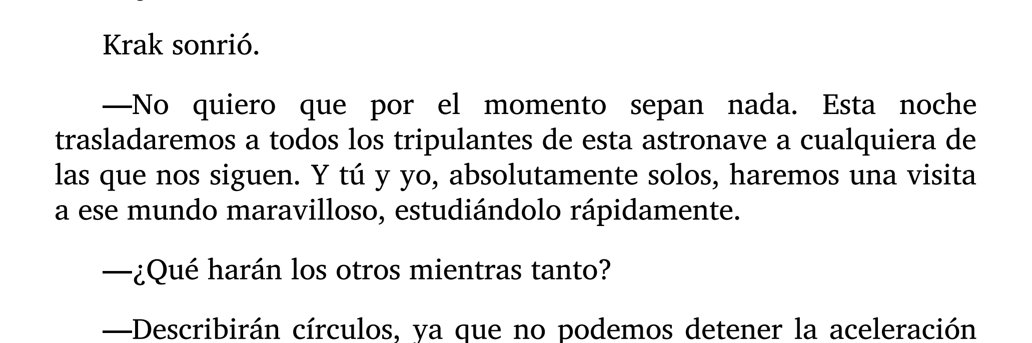
Pero Krak, rápido como el viento, le agarró fuertemente del brazo, deteniendo su impetuosa marcha hacia la puerta.

—Un momento, Tem; todavía no.

El otro miró la tarjeta, que había guardado en la mano, con un desconsuelo que rayaba en lo infantil.

—¿Es que no es… cierto?

—¿Cómo puedes dudar de ello?



—¿Entonces?

Krak sonrió.

—No quiero que por el momento sepan nada. Esta noche trasladaremos a todos los tripulantes de esta astronave a cualquiera de las que nos siguen. Y tú y yo, absolutamente solos, haremos una visita a ese mundo maravilloso, estudiándolo rápidamente.

—¿Qué harán los otros mientras tanto?

—Describirán círculos, ya que no podemos detener la aceleración de nuestras astronaves. En cuanto hayamos reconocido ese planeta, los llamaremos y los Ux se instalarán definitivamente en su nueva patria.

—De acuerdo.

Krak adivinó las ideas que pasaban por la mente de su amigo.

—Ya sé, Tem, que te hubiese encantado poder correr a decírselo a Smila; pero créeme que lo lamento; es imposible, al menos por ahora. Soy el responsable de mi pueblo y no deseo equivocarme en nada.

Bajó la voz y acercándose a Tem prometió amablemente:

—Luego te contaré una cosa. Ahora vamos a preparar el traslado de los tripulantes a otra astronave.

Las operaciones se llevaron a cabo con toda facilidad y los ocupantes de la nave capitana atravesaron el puente electrónico que se había tendido entre ésta y otra de las de la expedición.

Smila se abrazó fuertemente a su esposo al despedirle.

—¡Ten mucho cuidado, querido!

—Sí, mujer; no te preocupes.

—No olvides que Krak es soltero y no tiene a nadie que le llore si muere.

Tem miró severamente a la muchacha.

—No debes hablar así, querida. Krak es nuestro jefe y todos le amamos entrañablemente. Es como un hermano de todos.

—Perdona, Tem.

Se abrazaron por última vez y ella subió al curioso dispositivo que, utilizando radiaciones electrónicas, formaba un pasadizo cómodo,

perfectamente aislado del espacio, que comunicaba la astronave capitana con la que bogaba a su lado.

Una vez que Smila hubo pasado al otro lado, el puente electrónico desapareció y Tem cerró cuidadosamente la puerta de la astronave; luego, con un gesto serio, atravesó el pasillo, rumbo a la cámara de proa.

Entró en ella y cerró tras él.

Krak estaba manejando cuidadosamente los mandos del aparato.

Momentos más tarde, gracias al impulso gigantesco que los proyectores de fotones habían recibido, la astronave se alejó velocísimamente de las otras, proyectándose sobre la Galaxia con una aceleración espeluznante.

Pasaron unos minutos.

Al lado del jefe, Tem permaneció en silencio, contemplando el rápido aumento de tamaño que experimentaba la Galaxia, que parecía abalanzarse locamente sobre ellos.

Se volvió hacia Krak.

—Antes me dijiste que querías contarme algo —dijo en voz baja.

El otro levantó la mirada de los aparatos y sonrió.

—¡Ah, ya recuerdo! Se trata de un sueño. Me pareció que el planeta hacia el que nos dirigimos estaba poblado por supergigantes inteligentes. ¿Qué te parece?

Su interlocutor quedó petrificado por el asombro.

Pero Tem no dijo nada; en realidad no se atrevió a volverse hacia su jefe. Siguió mirando la Galaxia ya próxima y frunció el entrecejo, preguntándose, no sin angustia, qué podrían encontrar en aquel mundo perdido entre los millones de estrellas que les rodeaban.

CAPITULO II

Rocky apretó nuevamente el tornillo, allá arriba, a doscientos metros del suelo, sobre el armazón fantástico de la torre de televisión que estaban levantando en Ohio.

Un poco más abajo, Jim levantó nuevamente la cabeza y haciendo una bocina con las manos le gritó:

—¿Bajas o no a comer?

—¡Ya voy!

Terminó de asegurar la tuerca y descendió a la plataforma, diez metros más abajo, despojándose entonces del cinturón protector y dejando caer las herramientas sobre unos sacos, en cuyo borde se sentó.

—No podía dejar esa tuerca floja; he soñado con ella.

—¡Pues vaya gustos que tienes! ¡A buena hora voy yo a soñar con una tuerca!

Jim abrió la cesta y empezó a sacar la comida, colocando los bocadillos sobre el papel de envolver, manchados de grasa.

—Si las tuercas fueran de jamón, seguro que soñarías con ellas —bromeó Rocky.

—¡Claro que sí! Después de todo, ¿para qué trabajamos? ¿No es para comer como Dios manda? Ya sabes lo que suele ocurrimos cuando el trabajo anda flojo o cuando llega el invierno... ¡A apretar el cinturòn! Por eso, en cuanto empiezo a cobrar un salario, no pienso más que en llenar el estómago lo más posible... ¡Por si acaso!

—Eres un tragón.

—¿Y tú no?

—Yo también; pero no tanto como tú. Yo como para vivir, tú vives para comer...

Rocky miró hacia abajo y luego hacia las montañas vecinas.

—Lo que ocurre —dijo entre dos bocados— es que el apetito se abre tremendamente a esta altura.

—¡Y que lo digas! Mary dice que no se explica eso de tener que ponerme cada vez más cosas. Hasta creo que piensa que damos de comer a los pajaritos...

Y rió, medio ahogándose con la boca llena, hasta que las lágrimas le saltaron de los ojos.

—¡Dar de comer a los pajaritos! —repitió, seguro de haber encontrado una frase verdaderamente graciosa.

Cogió la botella de cerveza que había en la cesta y empezó a beber, entornando los ojos para que el sol no le cegase.

Fue entonces cuando oyó el silbido —algo verdaderamente rapidísimo— y, al mismo tiempo, una ahogada exclamación de su amigo. Bajando la cabeza, miró a Rocky Lord, que, pálido como la muerte, se iba hacia atrás, hacia el espacio vacío, mientras la sangre le brotaba por el hombro derecho.

—¡Rocky!

Dejando la botella se abalanzó hacia su amigo, justo cuando éste se iba a precipitar hacia el vacío... doscientos metros más abajo.

Agarrado a uno de los cables tensores y sujetando a su compañero con la otra mano, Jim sintió que se le iba la cabeza, y al ver la sangre que le empapaba la mano cerró los ojos, para evitar el vértigo, pero sin poder detener la náusea que se precipitó, con un sabor amargo, en su boca.

Durante unos minutos que le parecieron siglos permaneció allí, aferrado, sintiendo que el sudor le perlaba la frente y que todo, a pesar de tener fuertemente cerrados los ojos, le daba vueltas.

Luego, más tarde, al restablecerse la normalidad en su cuerpo, su espíritu empezó a serenarse y se decidió a abrir los ojos, clavando la mirada en la sangre que seguía manando, incansablemente, del hombro de Lord.

Poco a poco, dominando la repugnancia que le causaba aquella inesperada situación, Jim consiguió tirar del cuerpo de su amigo, hasta dejarlo en el centro de la plataforma, completamente seguro y fuera de todo peligro de caer al vacío.

Respiró después profundamente.

Pero a pesar de encontrarse casi completamente serenado tuvo que esperar unos cuantos minutos más antes de decidirse a descender por la estrecha escalerilla de la torre de televisión, para avisar a los de abajo de lo que había ocurrido.

Nadie logró hacerle subir nuevamente, sino que tuvieron que ser los otros los encargados de hacerlo, descendiendo el cuerpo de Rocky en un cable auxiliar.

Una vez abajo, los hombres que trabajaban en la torre convinieron en que el herido debía ser trasladado rápidamente a casa de un médico. Y como alguien nombrase al doctor Larson, diciendo que vivía no muy lejos de allí, uno de ellos llamó un taxi y siete minutos más tarde penetraban, con Lord en los brazos, en el domicilio del galeno.

Max Larson los tranquilizó, aconsejándoles que regresasen al trabajo.

—No es nada; se lo aseguro. Pronto se encontrará bien.

Lo que deseaba especialmente era quedarse solo; cuando lo logró penetró en la sala de curas, donde Helen, su enfermera y prometida, estaba ya desnudando el torso del accidentado.

Larson examinó detenidamente la herida; después, con una sonda, intentó seguir el curso del objeto que podía haber penetrado en la carne del obrero; pero tuvo que desechar la idea de conseguirlo.

—Es extraño... — murmuró.

Helen levantó la cabeza, fijando sus hermosos ojos verdes en el rostro de su prometido; después, dulcemente, preguntó:

—¿Qué es lo extraño, Max?

—El curso de la herida. Indudablemente, el objeto, nada más penetrar en los tejidos, ha girado sobre sí mismo, en un ángulo cercano a los noventa grados.

—Apenas si lo entiendo, querido.

—Yo tampoco, Helen; pero creo que no tardaremos en comprenderlo. Vamos a examinar esto en los rayos X.

Ayudado por la muchacha, trasladó a Rocky a una camilla con ruedas, empujándolo después hacia la sala de rayos X; una vez allí, colocó la camilla bajo el aparato y sumió la estancia en una oscuridad

parcial dejando encendida la bombilla roja, mientras terminaba los preparativos antes de poner en marcha el aparato.

Helen se había colocado ante los mandos y seguía atentamente las instrucciones de su prometido, que calculaba la dureza de los rayos a utilizar, así como la profundidad que deseaba lograr.

Max apagó la luz y la oscuridad se apoderó de la salita.

—¡En marcha! —ordenó.

Un zumbido prolongado y, de repente, el haz verdoso que penetraba en el cuerpo del herido, reflejando la imagen de su estructura interna sobre la pantalla. Max hacía que ésta se moviese de un lado para otro, manejando igualmente el diafragma, que constreñía el campo de observación.

Recorrió el hombro y el brazo, dándose cuenta de que el húmero estaba ligeramente astillado por su cara interna; pero después de recorrer el brazo en toda su longitud no halló lo que buscaba.

Gruñó algo ininteligible y Helen se acercó a él.

—¿Qué hay, querido?

—Que no veo nada; sin embargo, por el astillaje del hueso y la carencia de orificio de salida, lo que ha penetrado en el cuerpo de este hombre debe estar aún dentro.

Estaba recorriendo nuevamente el hombro; luego, después de percatarse de que allí no estaba lo que buscaba, empezó a observar el tórax del herido.

Fue al concentrar el campo de visión sobre la mitad del pecho cuando lanzó una exclamación de asombro.

—¡Es imposible!

—¿El qué, Max? —inquirió la enfermera, acercándose a él y poniéndose de puntillas para poder mirar por encima de su hombro.

Pero Larson se hizo a un lado, dejando que la muchacha se adelantase, y señalándole la placa pidió:

—Dime lo que ves, Helen; por favor.

Ella entornó los ojos, recorriendo detalladamente el campo exploratorio; después, en voz baja, respondió:

—Hay un pequeño punto, muy pequeño... ahí en medio.

—Está bien, Helen, está bien —la voz de Max hería de impaciencia—. Dime algo más, ¿es que ese objeto se mueve?

—Sí, Max; se está moviendo.

—¿Hacia dónde?

—Hacia arriba... ¡Espera!; sí, hacia arriba...

—¿Estás segura?

—Segura.

—¿Y qué llamas tú «hacia arriba»?

—Digo que se mueve «hacia arriba», Max, porque lo hace hacia la cabeza del paciente.

—¡Eso es lo que yo quería! —exclamó triunfalmente el médico—. Es tan fantástico, que no me atrevía a dar crédito a mis ojos... ¡Enciende la luz y para el aparato, Helen!

Y una vez que la salita volvió a estar iluminada preguntó:

—¿No te das cuenta, querida?

Ella le miró, sinceramente asombrada.

—Con franqueza, Max, no llego a entenderte.

—¡Pero si es elemental, Helen! Ese objeto que causó la herida a este hombre se ha movido dentro de su cuerpo, cosa que, como tú sabes, no tiene nada de extraordinario. Lo verdaderamente excepcional es que, cuando lo vimos tú y yo, el objeto SE MOVIA HACIA ARRIBA, HACIA LA CABEZA DEL PACIENTE, como dijiste muy bien.

—¿Por qué?

—Fíjate bien, querida. ¿Sabes dónde estaba el objeto cuando le seguimos con los rayos X?

—En el tórax.

—Sí, pero en un lugar especial... ¡en el interior de la arteria aorta! Ya sabes que la sangre, por esa arteria, BAJA HACIA EL ABDOMEN y que la fuerza de la corriente sanguínea, para un objeto del tamaño del que descubrimos —apenas un centímetro o centímetro y medio—, es

lo suficientemente fuerte para arrastrarlo en el sentido de su marcha, de una manera irresistible. Sin embargo, escucha esto bien, querida; sin embargo, repito, EL OBJETO IBA HACÍA ARRIBA, es decir, EN CONTRA DE LA CORRIENTE SANGUÍNEA DE LA ARTERIA. AORTA.

Comprendiendo finalmente el motivo de la extrañeza de Max, ella le miró un tanto asustada.

—¿Y qué puede significar todo eso?

—¡Daría cualquier cosa por saberlo! Lo seguro es que nadie, antes que nosotros, ha visto una cosa semejante. Y que su importancia es tan grande que voy a telefonear inmediatamente al profesor Werker.

Y uniendo la acción a la palabra salió de la salita de rayos corriendo casi hacia su despacho, donde descolgó el aparato.

Durante un buen rato habló con su interlocutor, teniendo que repetir varias veces lo que acababa de ver; después, al colgar el microteléfono en su horquilla, se pasó el dorso de la mano por la sudorosa frente.

Volvió junto a Helen.

—No daba crédito a mis palabras —dijo.

—¿Vendrá?

—No. Va a mandar una ambulancia inmediatamente. Nos espera en su clínica. Ya sabes que posee aparatos mucho mejores que el nuestro. Con toda franqueza, no ha quedado completamente convencido.

—Lo estará cuando lo vea por sus propios ojos.

—Si tenemos suerte, sí.

—¿Por qué?

—Porque el objeto puede desplazarse, salir del torrente circulatorio y hallarse, cuando Werker lo examine, en una región en la que su movimiento no tenga nada de extraordinario…

—Es verdad.

Guardaron silencio hasta que oyeron la sirena de la ambulancia. Poco después, los dos enfermeros que habían llegado en el vehículo llevaron al paciente a la camilla interior y cuando Max y la enfermera estuvieron sentados al lado del herido el vehículo se puso rápidamente

en marcha.

Los minutos que transcurrieron hasta que el coche se detuvo a la entrada de la clínica parecieron siglos a los dos jóvenes.

Werker los acogió con simpatía, pero Max percibió algo irónico en la voz del profesor.

—¿Vamos a ver ese fenómeno, amigo Larson?

—Sí, señor.

Tres ayudantes entraron también en la enorme sala de rayos X, acompañando al profesor y a los dos jóvenes. El paciente fue completamente desnudado y colocado sobre la camilla movible. Después de examinarlo detenidamente, Werker se volvió hacia el joven médico.

—Este hombre sigue en pleno *shock*, Larson. ¿Le ha inyectado algo?

—Le puse cardiazol y lobelina, señor.

—Perfectamente. Vamos a verle por los rayos.

Momentos más tarde los campos de observación se fueron concentrando y uno de los ayudantes del profesor exclamó poco después:

—¡Ahí está!

En efecto, el cuerpo minúsculo, el proyectil que con toda seguridad había originado la herida, se veía en la mitad aproximada del tórax, y el profesor, inclinándose para poder seguir sus movimientos mejor, se volvió hacia Max.

—Aquí lo tenemos, Larson; en plena aorta; pero, como usted mismo puede verlo, sigue el curso de la corriente.

La frente de Max se llenó de sudor y experimentó una sensación de derrota que enrojeció sus mejillas,

—De todas formas —dijo Werker a su lado y como si hablase consigo mismo—, es verdaderamente curioso- que este objeto haya recorrido en tan poco tiempo una distancia tan considerable, para su tamaño, como la que separa su entrada en el organismo de la aorta...

La esperanza renació en el corazón de Max, que había empezado a dudar de sus propias observaciones.

—Como ven ustedes —dijo el profesor, dirigiéndose a sus alumnos —, un objeto dotado de una fuerte aceleración a su entrada en el organismo puede recorrer, si su forma afilada se lo permite y de no haberse incrustado en el tejido óseo, una porción del cuerpo. Sus orificios de entrada y salida en los órganos, sobre todo en les vasos, no ofrecen ningún peligro real; sólo su alojamiento, aunque fuese breve, en el cerebro, podría causar ìctus con graves parálisis o quizá la muerte…

Max apenas le escuchaba.

El objeto descendía ya hacia el final de la arteria y era casi seguro que, al llegar a la bifurcación de las dos ilíacas, tomaría una de las dos arterias, haciéndose muy pronto invisible.

—Eso es todo… —decía el profesor en aquel momento.

Pero cuando ya se había incorporado para ordenar, con toda seguridad, que la luz fuese encendida, alguien lanzó una exclamación y Max reconoció la voz de Helen.

—¡Miren!

El objeto, ya junto a la bifurcación de las arterias, había girado bruscamente, orientando su apenas visible punta hacia arriba y, ante los maravillados ojos de todos, empezó a remontar la corriente de la arteria a una velocidad verdaderamente extraordinaria

—¡Era verdad! —exclamó el profesor, inclinándose sobre el herido.

Max sentía el agradable calor del triunfo que le subía al rostro.

--Es inexplicable —prosiguió diciendo Werker—. ¡Traigan un imán! —exclamó repentinamente, medio volviéndose hacia sus ayudantes.

Alguien corrió en la oscuridad, tropezando con armarios y banquetas. Oyóse después el ruido de una puerta que se abría y cerraba velozmente.

—¡Ha hecho bien en llamarme, Larson! —dijo el profesor—. Verdaderamente este caso es de lo más interesante que he visto en mi vida.

—¿Qué cree usted que sea? —se atrevió a inquirir Max.

—Pronto lo sabremos. En cuanto lo hayamos extraído, inmovilizándolo antes con un imán, lo examinaremos con el

microscopio electrónico y saldremos definitivamente de dudas.

Se oyó nuevamente la puerta que se abría y cerraba velozmente.

—Aquí está el imán, profesor.

Las manos de Werker, al exponerse a los rayos, aparecieron con sus huesos perfectamente visibles.

El profesor colocó el imán sobre el cuerpo y el minúsculo objeto se detuvo casi al instante.

—¡Preparen ràpidamente el enfermo para una laparatomia exploratoria!

No era más que una veloz intervención con el fin de apoderarse del misterioso objeto; algo que no constituía peligro alguno para la vida del paciente.

Iban a moverse los ayudantes cuando Max ahogó un grito.

—¡Se escapa!

En efecto, el cuerpo se movía, lentamente al principio, después con mayor rapidez, huyendo del potente imán que le retenía.

—¡Es prodigioso!

Pero aquéllas fueron las últimas palabras de Werker.

El objeto salió despedido, haciéndose invisible; pero el grito de dolor del profesor y su tremenda caída, desplomándose junto a la camilla, hizo que alguien corriese de un lado para otro mientras todos reclamaban la luz.

Cuando ésta se hizo se inclinaron todos sobre el sabio. Una herida minúscula perlaba de sangre su frente, como si alguien hubiese disparado una diminuta bala.

Y Werker había muerto instantáneamente.

CAPITULO III

—La aceleración es excesiva...

Tem se acercó a su compañero.

—¿Qué quieres decir?

Krak no contestó por el momento, repasando nuevamente la marcha de los aparatos y los resultados que acababa de recibir del cerebro electrónico. Después, volviéndose hacia el otro, dijo:

—Vamos a tener dificultades con esta aceleración; en realidad, no podremos elegir nuestra propia ruta. Será la astronave la que nos dirigirá, no nosotros a ella.

—¿Es peligroso?

—Relativamente. En cuanto nos hayamos acercado lo suficiente al planeta hacia el que nos dirigimos nos ataremos a los sillones antigravitatorios y esperaremos los acontecimientos.

—¿Has repasado los datos respecto a ese planeta?

—Sí. Los teleanalizadores no han dejado de funcionar desde que el piloto-radar nos dirige. Y los datos no hacen más que confirmar mis primeras impresiones: hay oxígeno en una proporción excelente para nuestros pulmones, vapor de agua y agua, seguramente concentrada en grandes océanos y mares.

—¿Fauna?

—Todavía no puedo precisarte nada respecto a esto, aunque el teleanalizador ha dado inequívocas señales, demostrando que hay vida en ese planeta.

Tem permaneció silencioso unos instantes; después, sin poder más, contó a Krak la coincidencia de sueños entre él y Smila.

El otro sonrió, francamente divertido.

—Es curioso —dijo.

—¿No crees que es una coincidencia... demasiado extraña?

—¡Bobadas, Tem! Yo no digo que haya o no habitantes en ese planeta; pero por los detalles que ya poseemos respecto a la juventud indiscutible de esta galaxia, en la que hemos penetrado, es casi seguro que se encuentren en un estado primitivo y que sean, por lo tanto, fácilmente dominables.

—¿Y si no fuese así?

—¿Quieres decir que estuviesen desarrollados, civilizados?

—Sí.

Krak arrugó el entrecejo.

—Es demasiado grave el problema de nuestro pueblo para tener en cuenta la existencia de especies semejantes. Si, como piensas, hubiese seres inteligentes en ese planeta, no tendríamos más remedio que combatirlos... hasta exterminarlos. Pero todo esto no es más que una arriesgada hipótesis.

Durante el resto del viaje apenas si cambiaron media docena de palabras, ya que Krak necesitó la ayuda de su amigo para ultimar los preparativos de la llegada.

Preparó el frenaje automático y dispuso los sillones antigravitatorios donde, momentos después, tomaban asiento, atándose fuertemente a ellos.

—Estamos a once mil millones de kilómetros del planeta —dijo, una vez en el sillón—, y ya solamente avanzamos por la fuerza de nuestra propia aceleración. Nuestros motores se han apagado hace rato.

Tem no contestó.

Un silbido agudo le hizo levantar la cabeza.

—Estamos llegando —dijo Krak, cerca de él—. Es la señal de alarma Cierra los ojos y oprime el botón rojo que hay en el brazo derecho del sillón. Es pasible que nos quedemos inconscientes unos minutos...

Tem obedeció.

Momentos más tarde se hundía en una inconsciencia involuntaria, perdiendo definitivamente contacto con la realidad.

El choque debió de ser espantoso.

Gracias a los delicados mecanismos de amortiguamiento y a la sólida consistencia de la astronave, pudo ésta resistir el impacto del choque, ya que había sido concebida para estos fines. Después del choque, la nave del espacio patinó un tanto, quedando completamente inmóvil.

Pero a pesar de aquello los dos Ux tardaron bastante más tiempo del que había previsto Krak en salir de una inconsciencia profunda.

Tem fue el primero en volver a la realidad, mirando a su alrededor.

Desatándose, se puso en pie, aún aturdido por el golpe, moviéndose como un beodo por la cabina; después, a medida que iba recuperándose fue percatándose de cuanto le rodeaba y recordando detalladamente lo ocurrido.

Se acercó a Krak y le liberó de las correas especiales que lo sujetaban.

Viendo que su amigo no terminaba de recuperarse, pasó a la cabina vecina y volvió con una caja de pastillas, una de las cuales colocó sobre el rostro del otro. La pastilla, como si hubiese estado dotada de vida propia, empezó a moverse, abriéndose paso a través de la piel de Ux y no tardando en desaparecer por completo.

Aquel procedimiento de «inyección» de drogas y estimulantes había sido descubierto hacía muchísimo tiempo y sustituido a los drásticos procedimientos primitivos. La pastilla, conteniendo una sustancia en estado inestable, pasaba casi inmediatamente a la sangre, ejerciendo sus beneficiosos efectos en pocos instantes.

Así ocurrió ahora.

Abriendo los ojos, Krak se puso rapidamente en pie.

—¿Me has dado excitina? — inquirió.

—Sí, tardabas en recuperarte.

—Gracias. Vamos a proa.

Penetraron en la cabina de observación y Tem no pudo evitar la emoción que se apoderaba de él, ya antes de echar una ojeada por el cristal telescópico de proa.

Pero al hacerlo no distinguió más que una pared húmeda, de color rojizo, que parecía pegada al cristal del observatorio.

Krak también miraba hacia allá.

—¿Dónde estamos, Krak?

—No lo sé.

Se había acercado al cristal e intentaba comprender la naturaleza de aquella sustancia pegajosa y rosada que había al otro lado del vidrio; después se dirigió hacia los analizadores, pulsando botones y palancas.

—Tendremos que esperar un poco —le dijo a su compañero.

—¡Qué mundo tan extraño!

—No te precipites en tus conclusiones, Tem. Hasta que hayamos recogido la información de los analizadores no podremos decir nada.

Permanecieron en silencio, contemplando el cristal sobre el que el líquido misterioso se escurría constantemente.

Un poco más tarde, la bombilla del cerebro electrónico avisó de que había terminado su misión.

La tarjeta surgió de la ranura.

Impaciente, Krak se precipitó hacia el aparato, leyendo ansiosamente el contenido de la cartulina. Durante un buen rato permaneció silencioso, concentrándose en el descifrado de los signos que allí había escrito la máquina.

Sin poder contenerse, Tem se acercó a su compañero.

—¿Qué ocurre, Krak?

Este levantó la cabeza. Su enorme frente estaba surcada de hondas arrugas.

—Hemos llegado a un planeta habitado —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

Krak señaló hacia el cristal de proa.

—Un planeta habitado —siguió diciendo, como si hablase consigo mismo— por seres inconcebiblemente gigantescos.

—Hizo una pausa y después, con un tono de voz velada por la emoción-: ESTAMOS EN EL INTERIOR DE UNO DE ELLOS.

—¿Eh?

Tem miró a la masa líquida que seguía escurriéndose sobre la pared externa del cristal, mirando después a su amigo, con un brillo de incredulidad en los ojos.

—¿Te has vuelto loco, Krak? ¿Nosotros dentro de un ser de este planeta?

El otro asintió con la cabeza.

—Sí, Tem; mi sueño y el de tu esposa han resultado realidad, hasta ahora. Y ya que las cosas se han producido de esta forma, voy a salir totalmente de dudas. ¡Quiero saber si este ser, en cuyo interior nos encontramos, es inteligente!

—¿Cómo lo harás?

—Voy a moverme, viajando por su interior. Naturalmente que no sé en qué lugar nos encontramos, así como ignoro la forma que puede poseer esta gigantesca criatura; pero, de todos modos, debemos hacerlo.

Y acercándose a los mandos.

—Voy a poner en marcha los motores auxiliares; con ellos nos bastará para movernos.

—¿Y no crees que se dará cuenta?

—No lo sé, Tem. Ya comprendo perfectamente lo que me dices, pero no tenemos más remedio que salir de dudas. Estando, como estamos, profundamente incrustados en la carne de esta criatura, no creo que pueda extraernos fácilmente. De todas formas, si lo intentase, los analizadores nos prevendrían del peligro.

—Pero... le estaremos causando un dolor terrible.

Kark sonrió.

—¿Qué te ocurre, amigo mío? ¿No crees que exageras un poco?

La astronave empezó a moverse, poco después, a una velocidad reducida, aumentándola más tarde, cuando logró salir del tejido muscular en el que había estado empotrada.

Krak iba leyendo los resultados que, sobre las cartulinas, vertían los analizadores.

—Se trata de un ser perfectamente organizado biológicamente —dijo, poco después—. Lo que me asusta es su tremenda dimensión.

Un poco más tarde una masa rojiza les envolvía por completo.

—Hemos penetrado en una arteria importante —dijo el jefe—. Si nos fíjame» en la dirección de la corriente, ésta nos servirá perfectamente para orientarnos.

—¿Cómo?

—Es natural. La sangre, por las arterias, se aleja del centro de los organismos, para llevar el oxígeno a todos los territorios celulares. Si remontamos la corriente, llegaremos hasta el corazón, pudiendo después dirigirnos hacia el cerebro, que es realmente lo que nos interesa.

La astronave, bajo el mando de Krak, había girado, remontando la corriente sanguínea.

—Ahora llevamos buen camino — musitó.

Pero poco después su rostro se ensombreció de nuevo y Tem, que no las tenía todas consigo, sintió un involuntario estremecimiento, que le recorrió la espalda.

—¿Ocurre algo malo, Krak?

—Fíjate en los analizadores; acaban de percibir la existencia de una fuerte radiación que nos envuelve.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que nos están buscando.

—¿Eh?

—Sí. Estos seres son mucho más inteligentes de lo que pensábamos antes. Están utilizando rayos X para encontrarnos.

—¡Estamos perdidos!

—Todavía no. Vamos a salir de esta arteria y escondernos, por el momento, detrás de alguna capa ósea, que nos haga invisibles a la investigación de esos seres.

Manejó los mandos hábilmente, logrando lo que se proponía. Cuando estuvieron a buen recaudo, siguió mirando a los analizadores; su frente estaba plisada de arrugas.

—Tendremos que conquistar este mundo a la fuerza; no nos queda más remedio.

—¿No podríamos encontrar otro?

—No. Este nos conviene, desde todos los puntos de vista. Es, quizá, más perfecto que nuestro viejo planeta. Comprenderás que no podemos dejar escapar una ocasión como ésta.

—¿Y si estos seres son verdaderamente poderosos?

—Lo son, pero no creo que hayan alcanzado una cultura como la nuestra. ¡Ya encontraremos la manera de combatirlos fácilmente!

Y como los analizadores habían cesado de percibir radiaciones extrañas, Krak volvió a poner la astronave en marcha, dirigiéndose nuevamente a la gruesa arteria que les iba a servir de orientación.

Primeramente dispuesto a calcular el tamaño del ser en cuyo interior se encontraban, recorrió la arteria en toda su longitud, volviendo después a remontarla

—¡Otra vez los rayos!

Se mordió los labios, sintiendo que la cólera le iba ganando. De ninguna manera deseaba que aquellos seres lo cazasen, ya que su desaparición podía ser fatal para todos los Ux.

Cerrando los puños, siguió guiando la astronave, dispuesto a saber si seguía el camino hacia el cerebro de aquella criatura. Si le dejaban penetrar en los nobles tejidos del encéfalo, los analizadores podrían proporcionarle una idea bastante aproximada del coeficiente cerebral de aquellas criaturas.

Pero repentinamente la nave se detuvo, a pesar de que sus motores susurraban continuamente en la popa. El frenazo fue brusco y ambos astronautas cayeron al suelo.

Tem estaba pálido como el papel.

Sin hacer caso de la exclamación de su compañero, Krak se puso rápidamente en pie, lanzándose hacia los analizadores, que le proporcionaron rápidamente la correcta respuesta a las angustiosas preguntas que se estaba haciendo.

—¡Un imán! —exclamó—. ¡Están utilizando un imán para detenerne»!

—¿No podemos escapar?

—¡Calla! —los ojos del jefe brillaban de cólera—. ¡Voy a dar una lección a estos seres estúpidos!

Concentró la fuerza del analizador, para obtener la dirección exacta del imán; luego, cuando lo hubo logrado, se volvió hacia su amigo:

—¡A los asientos antigravitatorios! —ordenó.

—¿Qué vas a hacer?

—Demostrar a estos estúpidos que se encuentran ante seres superiores. Voy a lanzar la astronave, con todos sus fotomotores en marcha, contra la criatura que debe sostener el imán… Si los cálculos no están errados, ¡atravesaremos su cerebro!

—¿Vas a matarlo?

—¿Qué importa? ¿Qué crees que harían con nosotros si lograsen atraparnos? Pero no es solamente la muerte de ese ser lo que me interesa. Al atravesar su cerebro, los brazos de los analizadores captarán sustancias cerebrales, de cuyos análisis saldrán muchas y excelentes enseñanzas.

—¿Y adónde iremos después?

—Le he dado instrucciones al piloto automático. Volvemos junto a los nuestros. Hemos de reunimos y forjar un plan de ataque.

Tem suspiró profundamente.

—Está bien.

La posibilidad de volver a estar al lado de Smila le llenó de gozo. Y con una sonrisa que entreabría sus labios, tomó asiento, cruzando las correas del sillón.

—¿Preparado? — inquirió Krak.

—Sí.

El otro evolucionó un poco por la cabina vecina, disponiéndolo todo; después se juntó a Tem, cerrando a su vez le correas del asiento que le protegían.

—¡Vamos a darles una lección! — repitió en voz baja.

—Estoy pensando en vuestro sueño: en el tuyo y en el de Smila.

—Sí que ha sido curioso. En realidad, esta aventura es lo más extraordinario que nos ha ocurrido; pero después de todo nos ha aclarado muchas cosas y ya sabemos lo que tenemos que hacer. ¡Este planeta será nuestro en poco tiempo

—¿Qué armas piensas utilizar?

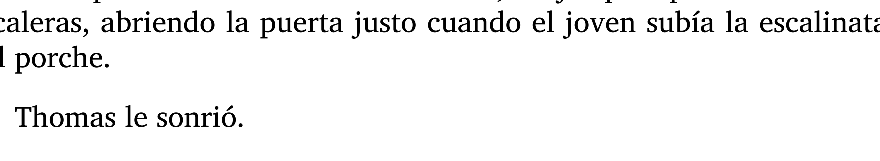
—Esta que vamos a emplear ahora mismo. Si logramos matar a ese ser que intenta atraparnos, habremos descubierto la manera de destruirlos a todos...

La luz verde del avisador hirió sus ojos con un destello.

—Cierra los ojos, Tem; ha llegado el momento de la marcha.

Después, un silbido prolongado, al ponerse en marcha todos los motores fotónicos; luego... la nada...

CAPITULO IV



Al oír que el vehículo se detenía ante la puerta de la clínica, Helen, sabiendo que se trataba de Thomas Turner, al que Max había llamado por teléfono el día anterior, bajó precipitadamente las escaleras, abriendo la puerta justo cuando el joven subía la escalinata del porche.

Thomas le sonrió.

—¡Hola, Helen!

—¡Hola!

Se estrecharon la mano y ella cerró la puerta en seguida.

—¿Has hecho buen viaje?

—Bueno. El tiempo es espléndido y da gusto correr un poco. ¿Y Max?

—Está arriba, esperándote.

Max estrechó la mano de su viejo camarada de estudios y le ofreció un asiento.

—Te agradezco mucho de que hayas venido en seguida, Thomas. —Y volviéndose a medias—: ¿Quieres preparar algo para beber, Helen?

Ella se dirigió hacia el mueble-bar, mientras los dos amigos encendían sendos cigarrillos.

—Tuviste suerte, Max; el profesor Clarkson acababa de partir para Europa y el trabajo en el laboratorio había decrecido sensiblemente. Por eso pude venir inmediatamente.

—Me alegro de que haya sido así.

Helen les interrumpió para servirles; después, cuando dejaron los vasos sobre la mesita «roulante» del servicio, Thomas se arrellanó en

el sillón.

—Te aseguro, Max, que tu comunicado me dejó con la boca abierta…

—Lo comprendo. La misma extrañeza nos causó a los demás. Ya te conté lo del accidente de ese hombre y la casualidad de que lo trajeran a mi clínica. Todo empezó cuando vi que aquel pequeño objeto se movía en contra de la corriente sanguínea. Después, cuando el profesor cayó muerto, me di cuenta de que el objeto había desaparecido, como si supiese lo que iba a ocurrir… COMO SI SE TRATASE DE ALGO INTELIGENTE, capaz de percatarse de cuanto le rodeaba.

—¿Qué tamaño tenía?

—No llegaba a los dos centímetros.

—¿Forma?

—Es difícil, por su pequenez, poder contestarte a esta pregunta; pero parecía tener la forma de un minúsculo proyectil.

—¡Una bala que piensa! ¡Menudo descubrimiento, si fuese cierto!

—Eso es imposible.

—Ya lo sé; además, un proyectil de ese tamaño, ¿qué aparato de precisión podría encerrar? Nadie podría hacer piezas de ese tamaño…

—Eso es lo que yo pensé.

Guardaron unos segundos de silencio.

—Francamente —dijo Max—, yo había pensado en ti, que te dedicas a estudiar radiaciones, por si sabías algo que fuese capaz de identificarse con ese misterioso objeto.

Thomas movió la cabeza.

—No, no puedo creer en la existencia de radiaciones que posean inteligencia Y por lo que me has contado, ese objeto se movía en el interior del cuerpo de ese hombre, como si buscase algo…

—¿Qué quieres decir?

—Es indudable que todos aquellos viajes por la aorta del herido tenían un significado; pero ¿cuál? Aunque podía tratarse de algún animal diminuto, que se moviese merced a ciertos tropismos…

—No, Thomas. ¿Qué animal sería capaz de atravesar la caja craneana de un hombre y matarlo como ocurrió con el profesor Werker? Además, en las pantallas de rayos X quedó patente la naturaleza metálica de ese objeto. Ninguna otra sustancia sería capaz de poseer una silueta tan nítida como la que él ofrecía Al lado de las manchas de los huesos, se destacaba como lo que era: ¡un objeto de metal!

—Es como para volverse loco.

—¡Y que lo digas! Yo llevo unos días que no sé dónde estoy ni lo que hago. Además la muerte de Werker me ha afectado. Menos mal que había testigos suficientes junto a nosotros.

—¿Ha hecho alguna investigación la policía?

—Naturalmente, pero después de leer nuestras declaraciones, ha clasificado la muerte entre las de «por causa desconocida».

—¿Hicisteis la necropsia al profesor?

—Sí. Indudablemente, el forense habló de una trayectoria que atravesaba el cerebro, de delante a atrás y que había dejado una profunda huella de quemazón tras los tejidos. Esa quemadura, que tuve la oportunidad de observar personalmente, era mucho más gruesa que la trayectoria real del móvil. ¡Con decirte que todos los pelos de la nuca se chamuscaron cuando el objeto le salió por la parte posterior de la cabeza!

—Y… ¿no lo hallasteis?

—No. Examinamos, pulgada a pulgada, toda la pared y objetos de la sala de rayos X. No encontramos absolutamente el menor rastro; es decir, alguien habló de un pequeño orificio en la pared, pero otros dijeron que existía ya.

—¿No utilizasteis el contador Geiger en ningún momento?

—No.

—¡Fue una lástima! Me hubiese gustado estar ali, con el contador en la mano; porque, después de todo, es posible que se trate de una nueva partícula radiactiva, que el imán rechazó violentamente, lanzándola sobre el desdichado profesor.

—¿Existe esa clase de partículas?

—Hasta ahora, no; pero eso no quiere decir nada. Estamos

descubriendo partículas nuevas cada día. Y, por otra parte, es la única hipótesis que podría explicar satisfactoriamente ese misterioso accidente.

—¿Tú crees? ¿Podrías explicar también el movimiento de esa «partícula» en contra de la corriente sanguínea?

—¿No estabais utilizando ya el imán?

—¡Qué va! La primera vez, cuando Helen y yo lo observamos aquí, y después, cuando lo vieron el profesor Werker y sus ayudantes, no se utilizó ninguna clase de imán. Te digo, Turner, que es muchísimo más difícil de lo que parece.

—Sí que es extraño...

Helen, que los había escuchado atentamente, intervino entonces:

—¿Por qué no dejáis ya «a conversación y pasamos al comedor? Yo no puedo ofreceros partículas misteriosas, pero el pollo que os he preparado será muchísimo más agradable y seguirá mansamente el sentido de la circulación.

Sonrieron los dos jóvenes.

—Helen tiene toda la razón —dijo Max—. Vamos al comedor y dejemos ese asunto, por el momento.

La comida transcurrió en un ambiente amistoso, dando paso a los recuerdos mutuos que ambos jóvenes rememoraron, de su estancia en la universidad.

Después, mientras ellos tomaban el café con el carrillo en los labios, Helen se sentó en la salita contigua, abriendo una revista y encendiendo inconscientemente el aparato de radio.

Una música en sordina llegó hasta ellos.

—¿Te vas a casar pronto, Max? —inquirió el físico.

—Sí. Esperaba ganar las oposiciones en el hospital de la ciudad, ya que el trabajo no es excesivo, y podría así matar dos pájaros de un tiro: ocupar mis mañanas y ganar una categoría que es necesaria para vencer la competencia de los otros médicos.

—¿Hay muchos aquí?

—Tres y yo.

Thomas suspiró profundamente.

—¡Dichoso tú! Yo, francamente, no tengo tiempo para buscar mi media naranja; pero te aseguro que cuando vuelvo a casa encuentro ya demasiado vacío mi hogar.

—¡Pues anímate, muchacho!

La voz del locutor cortó el hilo de la conversación.

«Señoras y señores: interrumpimos nuestro habitual programa musical de la sobremesa para darles algunas informaciones aclaratorias respecto a lo acontecido ayer tarde misteriosamente en la ciudad de Londres.

»Un nuevo grupo de cadáveres, alcanzando la espantosa cifra de dos mil, ha sido descubierto en la parte sur de la ciudad. Con éstos, el número total de víctimas asciende a once millares.»

Max y Thomas salieron del comedor y pasaron a la salita, donde tomaron asiento, silenciosamente, junto a Helen, que les miró, encogiéndose de hombros, como para significarle su completa ignorancia respecto a lo que el locutor estaba diciendo en aquellos momentos.

«Sigue siendo completamente desconocida la causa que haya podido provocar esta verdadera catástrofe humana. Los servicios de sanidad de la nación no han hallado huellas algunas de contaminación que puedan explicar la existencia de una mortandad gigantesca. Además, los exámenes hechos en el cuerpo de las víctimas ha dado los mismos resultados que en los recogidos en la noche de ayer.»Los médicos forenses y los profesores de las universidades médicas, reunidos rápidamente en Londres, han encontrado la misma trayectoria en el cerebro de las víctimas, que han muerto como fulminadas por invisibles proyectiles.

»Algunos periódicos de la mañana hablan de una nueva arma que un espíritu criminal estuviese ensayando sobre la población londinense; pero las autoridades del War Office se han negado a hacer manifestación alguna sobre tan disparatada y horrenda posibilidad.

»El Gobierno de Estados Unidos, así como la mayoría de los

hispanoamericanos y muchos europeos se han ofrecido a Inglaterra para ayudar a tan sufrido país en cuanto necesite.

»Esta tarde, en nuestro programa informativo de las cinco, proseguiremos procurándoles detalles sobre lo ocurrido… Ahora proseguimos nuestro habitual programa de sobremesa.»

La muchacha hizo girar el botón, volviéndose luego hacia Max, que estaba mortalmente pálido.

—Cierra, Helen.

—¿Habéis oído? Han hablado de trayectorias cerebrales y de proyectiles misteriosos… ¡Lo mismo que mató a Werker!

—¿Estás seguro? —inquirió Thomas.

—¡Claro que sí!

Luego, con los ojos brillantes, exclamó:

—¡Voy a ir a Londres! ¡Necesito saber la verdad!

Helen abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Qué vas a hacer, Max?

—He de ir, querida. Necesitamos saber lo que ocurre allí. ¿Vienes conmigo, Turner?

—Sí. Creo que es un problema que merece ser resuelto. Tú eres el único que has visto a uno de esos objetos en el interior del cuerpo humano y puedes ayudar a su identificación. ¡Sí, voy contigo!

—¡Y yo también! —exclamó Helen.

Max la miró, sonriendo.

—Está bien. Saldremos para Nueva York esta misma noche y enlazaremos con algún avión que se dirija hacia Inglaterra.

Pasaron el resto de la tarde preparando el equipaje y Thomas telefoneó a Chicago para que hiciesen que su equipaje fuese enviado, aquella misma tarde, al aeródromo neoyorquino.

—¡Ya está! —dijo volviendo junto a sus amigos.

Helen les había preparado unas bebidas y ellos se sentaron junto al

aparato de radio, esperando que volviesen a dar más noticias sobre los sucesos de Londres.

Finalmente, la música cesó, dando paso al locutor de turno.

«…Precipitamos nuestro boletín de noticias, señoras y señores, debido a las informaciones que acabamos de recibir de Nueva York donde, desdichadamente, al mismo tiempo que en Roma, Berlín y Moscú, se han reproducido los accidentes que ayer creíamos limitarse a la zona de la capital de Londres. En Nueva York, ochenta mil personas han perecido en el día de hoy, siendo las cifras de las otras ciudades las que siguen: Roma, cuarenta y ocho mil; Moscú, ciento cuatro mil, y Berlín, sesenta y tres mil.

»Londres ha conocido, en estas últimas horas, una calma que las autoridades han aprovechado para organizar un tanto la evacuación de los cadáveres, que se amontonaban en muchas calles, debido a la falta de medios para ser dirigidos hacia los hospitales, donde se les examina, uno por uno…

»Las Naciones Unidas se reunirán urgentemente para estudiar este espantoso problema que, tan inesperada como bruscamente, ha caído sobre la Humanidad.

»Serias medidas van a tomarse en consideración, pues se conocen ya algunos detalles que han salvado la vida a personas situadas en el centro de los que cayeron. Estas medidas, mantenidas secretamente por las autoridades, serán dadas a la luz pública de un momento a otro.»

El locutor, tras dar algunas informaciones suplementarias, cesó de hablar, dando paso al programa musical.

Helen apagó el aparato.

—¿Qué os parece? —inquirió, volviéndose hacia los dos jóvenes.

—Que ya no debemos hacer las maletas. Iremos sencillamente a Nueva York.

—¿Qué serán esas medidas que, casualmente, se han descubierto? —inquirió Thomas.

—Daría cualquier cosa por saberlo.

—Pronto lo sabrás.

Dos horas después tomaban el avión que les condujo a Nueva York; pero al llegar al aeropuerto, las autoridades les negaron rotundamente la entrada.

—¿Por qué? — inquirió Max.

—Estamos evacuando la ciudad. Todos los miembros de las Naciones Unidas, reunidos en el palacio de la ONU, han muerto.

Otro avión los llevó a las cercanías de Washington, ciudad que también se estaba evacuando.

Las noticias, aquella misma noche, fueron de lo más extrañas.

Estaba demostrado, según las últimas noticias, que la muerte agredía selectivamente a personas dotadas de gran inteligencia.

«En estas últimas horas —decía la radio—, todas las comunicaciones recibidas coinciden en afirmar que las personas últimamente atacadas eran todas ellas importantes. Así, los profesores de física, que se dicen a continuación; los jefes de estado que citaremos después y los militares y estadistas ilustres, también caídos en estas horas, demuestran una especial selectividad de esos misteriosos proyectiles, que no dejan, a su mortal paso, más que la huella de una profunda quemazón en los tejidos cerebrales de sus víctimas.»

Escucharon aquel boletín en el aeropuerto de la pequeña ciudad, dirigiéndose después hacia el centro, dispuestos a encontrar un hotel donde disponer de un sitio en el que poder reflexionar sobre lo acontecido.

Al penetrar en una de las avenidas, se encontraron con un grupo de mineros que, después de terminada su tarea, se dirigían a sus casas. Aquella pequeña población era eminentemente minera y los hombres, riendo y charlando en alta voz, parecían ignorar por completo la tragedia que se cernía sobre el mundo.

Llevaban puestos los cascos metálicos que les servían para la mina, echados hacia atrás y dejando al descubierto sus rostros manchados y sus frentes aún sudorosas.

Max caminaba junto a Helen y Thomas, hundido como ellos en

profundas reflexiones. Todo aquello parecía tan extraordinariamente fantástico, que era sumamente difícil atreverse siquiera a forjar alguna conjetura.

Cuando el minero cayó entre sus camaradas sin un grito, desplomándose como fulminado por un rayo, Larson, habituado a obrar como médico, fue el primero en llegar junto a él, arrodillándose a su lado y observando, con desesperación, aquella herida frontal que había visto en el rostro del profesor Werker.

El hombre estaba muerto.

—¡Dios mío!

Helen, a su lado, se estremeció, levantando la cabeza para mirar hacia el cielo, de donde podía llegar la muerte en cualquier momento. Y Thomas, que comprendió la significación de la angustiosa mirada de la muchacha, tocó ligeramente el hombro de su amigo.

—Salgamos de aquí, Max; esto puede ser peligroso en cualquier momento.

Pero Larson no le escuchaba.

Sus ojos seguían fijos en la frente del minero.

Bruscamente, un grito de triunfo brotó de los labios del médico. Apoderándose del casco del muerto y observando su interior, cogió algo entre sus dedos, levantándose inmediatamente, con los ojos brillantes y una sonrisa en los labios.

—¡Lo tengo, Thomas! ¡Esta vez no se me ha escapado!

Los mineros le miraban extrañamente; pero Helen, consciente de la situación, se volvió hacia ellos y dijo:

—Llévense a su camarada; creo que el doctor ha encontrado el objeto que le ha causado la muerte.

Los hombres asintieron con la cabeza y se cargaron con el cadáver, dirigiéndose hacia el fondo de la calle.

Max, con el puño fuertemente cerrado, seguía diciendo cosas, manifestando su alegría de un modo inconsciente.

—¡Ya lo tenemos, Turner; ya lo tenemos! ¡Ya es nuestro!

—¿Quieres enseñármelo?

—Ahora no. Corramos al hospital para que nos presten un microscopio… ¡Vamos a desentrañar este misterio, Thomas! ¿No te das cuenta de la importancia de nuestro descubrimiento? ¡Quizá eso sea la clave de todo!

Momentos después, un vehículo les había llevado al hospital. El director les acogió con simpatía e interés, sobre todo al darse cuenta del asunto que les había llevado hasta ali

—Estoy a sus órdenes, señores —dijo.

Max seguía con el puño cerrado.

Una vez en el laboratorio, Larson colocó el diminuto objeto que llevaba sobre la platina del microscopio; luego, con una emoción indescriptible, se inclinó sobre el ocular, enfocando el objeto, que examinó detalladamente.

Hubo unos segundos de angustiosa espera.

—¡No es posible! —exclamó, palideciendo intensamente.

—¿Qué es? —inquirió Thomas, tan impaciente como los demás.

Max se apartó.

—¡Mira!

El físico posó el ojo sobre e) ocular, no dando crédito a lo que estaba viendo a través de los cristales ópticos.

Porque sobre la platina, el diminuto objeto, a través de las poderosas lentes del microscopio, dejaba ver en su interior dos pequeños cadáveres, CON FORMA HUMANA, atados a unos minúsculos sillones y rodeados de un cúmulo de aparatos que identificaban claramente el objeto sin ningún género de dudas.

—¡Es una astronave microscópica! —exclamó Thomas—. ¡Ahora comprendo! ¡Estamos siendo atacados por seres inteligentes, procedentes del espacio exterior!

CAPITULO V

Desde la sala de babor, Krak lanzó una mirada a la desolada superficie del suelo. La velocidad de su astronave había ido disminuyendo grandemente y el Ux, después de comprobar la soledad de aquella parte del planeta, deseó investigar ciertas cosas que le habían extrañado.

Por eso, alejándose de los grupos que proseguían su ataque contra los gigantescos pobladores de Macros —así habían bautizado a la Tierra—, había llegado hasta aquí, sobrevolando lo que en realidad era el desierto de Gobi.

Hacía muchísimo tiempo que no había cambiado una sola palabra con Tem; éste vigilaba en aquellos momentos la marcha de los aparatos de la astronave; pero realmente no dejaba de pensar en Smila, a la que por culpa de las drásticas órdenes del jefe no había visto más que unos cortísimos instantes, el tiempo que ella, como las demás mujeres, utilizó para pasar a las astronaves que les eran reservadas.

Porque, decidiendo el ataque y la destrucción de los gigantes de Macros, Krak había dispuesto que las mujeres Ux se concentrasen en astronaves que no iban a intervenir en el ataque.

Respecto a aquel ataque…

Tem prefería no pensar en ello, ya que a pesar de que su superior no hubiese dicho nada, el cerebro electrónico había proporcionado datos matemáticos sobre el número de pobladores que tenía Macros y, sin necesidad de ser una máquina: cibernética, Tem llegó a la lógica conclusión de que necesitarían una verdadera eternidad para ir matando los gigantes de uno en uno.

¿Creía Tem ser el único que había llegado a aquella conclusión?

Mirando distraídamente el desierto que desfilaba a sus pies, Krak se sentía tremendamente decepcionado, percatándose, con mucha más claridad que su compañero, del fracaso de aquel ataque, del que por suerte no había más que una baja.

El cerebro de Krak trabajaba arduamente, buscando la manera de aniquilar aquella peligrosa raza de seres. Porque, por lo que había

visto desde que llegó allí, el planeta era ciertamente maravilloso y mil veces mejor que su lejano mundo.

Las riquezas eran incontables y, además, la carencia de habitantes en los mundos vecinos, se prestaba a su colonización.

¡Todo parecía dispuesto para el engrandecimiento futuro de aquellos malditos gigantes!

Fue entonces cuando pensaba en todo aquello, que una sensación de ahogo, verdaderamente espantosa, se apoderó de él. Agarrándose fuertemente a lo que tenía a su lado, sintió como si todo su cuerpo se transformase; algo así cómo si estuviese sufriendo un cambio inconcebible...

Venciendo, gracias a su poderosa voluntad, los tremendos efectos de aquella angustia, Krak, en cuanto pudo --y sobre todo al darse cuenta de que la astronave perdía rápidamente altura— se arrastró, casi hacia la cabina de proa, seguro de que Tem estaba sufriendo lo mismo que él y de que, más joven y menos formado, sentiría mayormente los sorprendentes efectos.

Tuvo que realizar un esfuerzo sobrehumano para atravesar el estrecho pasillo metálico y empujar la puerta que comunicaba aquél con la cabina. Al hacerlo, descubrió el cuerpo de Tem, que yacía inconsciente en el suelo.

La grandiosa lente del telescopio de proa le mostraba el terreno a una distancia cortísima Y seguro de que no podría evitar el aterrizaje, se esforzó nuevamente para llegar hasta el mando que iba a regular la maniobra final de aterrizaje, evitando que el aparato se estrellase contra el suelo.

Después, incapaz de resistir el ahogo que le oprimía el pecho, se dejó caer, junto a su joven compañero, dispuesto a esperar pacientemente el final, fuese el que fuese.

Con los ojos cerrados y un zumbido intolerable en los oídos, sintió perfectamente el posarse de la astronave sobre el suelo, siendo el aterrizaje, dentro de su brusquedad, bastante normal.

¿Cuánto tiempo permaneció allí, en el suelo de la cabina, sintiéndose incapaz de hacer el menor movimiento?

Nunca lo supo.

Después, mucho más tarde, poco a poco la vida volvió a sus venas y tornó a sentirse normal, como siempre, poniéndose rápidamente eri

pie. Antes de otra cosa, reanimó a su amigo con una pastilla de «vivifina».

Abriendo los ojos, Tem se puso en pie, mirándole extrañamente.

—¿Qué ha pasado? —inquirió con voz turbada por la emoción.

—No lo sé aún — repuso Krak.

Y señaló el cristal del telescopio de proa.

Tem miró hacia allá, viendo en primer término unos extraños árboles con múltiples hojas alargadas y troncos, que parecían formados por trozos unidos los unos a los otros.

Detrás, unas chozas pobres y una casa de dos plantas, construida en madera, a cuya puerta se veía un hombre, completamente vestido de blanco y rodeado por un grupo de indígenas, que miraban medrosamente hacia la astronave.

—¿Qué significa esto? —inquirió Tem.

Y miró a Krak, cuya dilatada frente estaba perlada de sudor.

Después de unos minutos de silencio, el jefe se volvió hacia su joven amigo. Y con un tono de voz en el que se veía su despecho hacia sí mismo, dijo:

—¡Qué estúpido he sido!

—¿Por qué?

—¿Es que no te das cuenta, Tem?

—Francamente, no.

—Fíjate en esas criaturas: son los gigantes, las habitantes de Macros.

—¿Y qué?

Krak sonrió.

—Echa una ojeada al telémetro y dime la distancia que nos separa de esas criaturas.

Tem obedeció.

Y, al mismo tiempo, lanzó una exclamación de incredulidad.

—¡Es imposible!

—¿Te das cuenta ahora, Tem? Estamos a doscientos metros de esos seres y el telescopio funciona con su mínima potencia. Eso quiere decir, sencillamente, QUE ESOS SERES YA NO SON GIGANTES.

Tem tragó saliva con dificultad.

—¿Que ya... no son gigantes? —balbució.

—¡Ni lo han sido nunca, amigo mío! —exclamó triunfalmente, Krak—. Lo que ha ocurrido es que nosotros NOS CONVERTIMOS EN SERES MINUSCULOS.

—¿Cómo es eso posible?

Krak volvió a sonreír.

—Ya te he dicho antes que fui un estúpido. Debí comprender en seguida lo que nos había ocurrido; pero en vez de eso me dejé engañar por las apariencias...

—Sigo sin entenderlo.

—Escucha, Tem: al salir de nuestra Galaxia, nuestras astronaves marchaban a una velocidad superior a la de la luz. Si el viaje no hubiese durado más que unos segundos, nada hubiera ocurrido; pero hemos viajado muchos años y, fatalmente, teníamos que sufrir la influencia de la tremenda velocidad que llevábamos.

»Ya sabes, Tem, que a medida que un móvil se va acercando a la velocidad límite de la luz su masa va disminuyendo, hasta desaparecer, teóricamente, cuando se mueve a trescientos mil kilómetros por segundo. Y he dicho teóricamente porque se ha demostrado que esta "contracción" de la masa no es tan rigurosa como suponen los cálculos matemáticos, ya que uno de nuestros sabios descubrió un llamado "margen de dilatación", de cierta importancia.

»Eso es lo que nos ha salvado a nosotros.

»De no existir ese margen de contracción, nuestras astronaves hubieran desaparecido al perder totalmente la masa. Sin embargo, no desapareciendo, NUESTRA MASA SE REDUJO TREMENDAMENTE. Y por eso al llegar a esta Galaxia, impelidos por la aceleración correspondiente, nuestro tamaño era tal, QUE LOS HABITANTES DE MACROS ERAN GIGANTES CIEN MIL VECES MAYORES QUE NOSOTROS...

»No obstante, estos seres son IDENTICOS a nosotros; como puedes verlo ahora.

—¡Es fantástico!

—Más que fantástico, horrible, ya que ha podido costarnos la destrucción total. De no haber sido por esta verdadera casualidad, que ha hecho que nuestra astronave, separada de las otras que siguen influidas por la aceleración, volviese a su tamaño, jamás nos hubiésemos dado cuenta.

Tem, que no podía olvidar sus propios asuntos, inquirió, con una extraña emoción en la voz:

—Entonces, ¿Smila sigue siendo microscópica?

Pero Krak no le escuchaba ya.

Pegado al cristal-visor del telescopio de proa, observaba curiosamente a los seres que tenía enfrente. Comprobó, con una ojeada, que eran semejantes a los Ux, con la diferencia de que sus frentes eran un poco más estrechas; pero el resto no era nada distinto.

Justamente en aquel momento, el ser de color más claro de piel y que iba vestido de blanco, se acercaba a la astronave. Los otros, con una indudable expresión de miedo en el rostro, se quedaron atrás, junto a la casa, sin atreverse a seguir al que avanzaba, con una serenidad que se leía en el brillo decidido de sus ojos.

—Quiere saber quiénes somos —dijo Krak.

—¿Vamos a salir?

—Creo que sí.

Revisó los datos de los analizadores, comprobando que el ambiente no ofrecía nada peligroso para su organismo; luego lanzó un analizador hacia el ser que, ya al lado de la astronave, miraba hacia el interior, como pidiendo que le abriesen.

Aquel hombre pertenecía al grupo mental «K», lo que significaba, dentro de la escala de inteligencia Uxiana, un nivel un poco superior al mediano.

—Voy a dejarlo entrar —dijo Krak.

—¿No nos atacará?

—No.

—¿No será mejor que salgamos nosotros?

—Eso pensaba al principio; pero como no conocemos su lengua, tendremos que entendernos con el «traductor» cibernético. ¡Abre la puerta de babor!

Tem oprimió el botón y un ligero susurro se dejó oír, luego, lateralmente, una rampa surgió de la parte inferior de la astronave, deslizándose hasta tocar el suelo; al mismo tiempo la puerta se descorrió, mostrando el interior del aparato.

Krak se había acercado a aquel sitio y miró al humano. Este, por su parte, también le miraba serenamente, sin que ningún temor se reflejase en su rostro.

El Ux le hizo un gesto invitándole a entrar y el hombre del vestido blanco subió, haciéndose Krak a un lado para dejarle penetrar. Después, dispuesto a demostrarle «su buena voluntad», el astuto Ux dejó la puerta abierta, señalando al humano un asiento, cerca del cerebro electrónico, cuyos auriculares se puso, invitando al otro que hiciese lo mismo.

El mecanismo del «traductor» no era más que un procedimiento que utilizaba la «raíx ideatifa» de todos los lenguajes; más que cambiar el sentido de las palabras, se servía de su «significado universal», proporcionando a los interlocutores una manera sencilla y elemental pero práctica de comprenderse mutuamente.

En realidad se trataba de un procedimiento casi telepático.

—¿Quiénes son ustedes? — inquirió el hombre.

—Somos Ux y hemos llegado de una Galaxia lejana, situada a más de ochenta años luz de la suya.

El hombre frunció el entrecejo.

—¿Ochenta años luz? Eso quiere decir que han debido de viajar a la velocidad de la luz, ¿verdad?

—Superior a esta velocidad —repuso Krak, con cierto orgullo.

—Y ¿qué desean de nosotros? ¿Tiene que ver algo con esos minúsculos atacantes del espacio?

El Ux se percató de que el ataque era conocido por todos los humanos.

—No —mintió—. Esta es la única astronave Ux que ha llegado hasta aquí. ¿Han sufrido ataques de otros seres?

—Sí; pero ya tenemos un procedimiento para destrozarlos. Causaron muchas bajas; pero eso ya se ha terminado.

—¿Poseen alguna poderosa arma?

El otro le miró y Krak leyó la desconfianza en sus ojos.

—Perdone —repuso rápidamente—. No deseo conocer los secretos. Era una simple pregunta.

—Está bien.

Hubo un corto y penoso silencio entre ellos. Después, Krak, dispuesto a saber algo más, inquirió:

—¿Estaba usted preparando algún mecanismo de defensa?

El hombre sonrió.

—Mi misión no es ésa. Yo soy médico; es decir, investigador.

—¡Muy interesante!

—¿Conocen ustedes los microbios? —inquirió el médico, impelido por una curiosidad científica irrefrenable.

—¿Los microbios? —inquirió Krak.

Y dejó que el otro, impelido por el entusiasmo, le explicase detalladamente el tremendo problema que el hombre, desde siempre, había tenido para librarse de aquellos enemigos, pequeños pero poderosos, que habían causado en el curso de la historia más bajas que todas las guerras juntas.

Habló largamente, orgulloso de mostrar su ciencia a aquel ser que, al parecer, escuchaba atentamente sus detalladas explicaciones.

—Es muy interesante —dijo Krak, cuando el médico hubo terminado de hablar—. Nosotros también conocimos esos pequeños enemigos, pero hace tantísimos siglos que no se guardan ni imágenes gráficas de ellos. ¿Hay también en este desierto?

—¿Que si hay? Estoy justamente en estos momentos estudiando los que son responsables de una forma de cólera, intensamente mortífero. Por fortuna, esa especie de bacilos escasea y he tenido que venir a esta aislada y lejana región del desierto de Gobi para poder

estudiarles.

—¿Se sirve... de algunos aparatos especiales?

—Tengo montado un verdadero laboratorio.

—¿Podría verlo?

El humano estaba rezumando orgullo.

¡Cuando contase aquello a sus compañeros de la universidad no le creerían!

Fue por eso por lo que con voz dudosa preguntó:

—¿No podría darme un recuerdo de esta visita? Porque, evidentemente, ustedes no permanecerán aquí.

—No. Vamos a seguir nuestro viaje de exploración. No se preocupe, le daremos un recuerdo que no olvidará jamás. —Y volviéndose a su compañero—: ¡Tem!

—¿Qué quieres?

—Trae un «traductor» cibernético portátil; lo utilizaremos en el laboratorio de este hombre, regalándoselo después. —Y, en voz baja —: No olvides el aniquilador.

Tradujo después al humano la primera parte de su frase, preguntándole si le gustaba el regalo.

El médico estaba loco de alegría.

—¡Voy a ser el hombre más famoso de la Tierra! —exclamó.

—¿Tierra? ¿Se llama así este mundo?

—Sí.

Momentos más tarde los tres bajaban de la astronave, dirigiéndose hacia la casa de madera. Los indígenas corrieron a ocultarse en sus chozas, asomando sus curiosos y medrosos rostros por las pequeñas puertas de las cabañas.

Una vez dentro de su casa, el médico guió a sus invitados al laboratorio.

—Asómese aquí —dijo a Krak, mostrándole un hermoso microscopio binocular.

El Ux obedeció, mirando curiosamente aquellos microorganismos tan minúsculos y, a la vez, tan potentes.

Pensó en la mentira que había dicho al humano, ya que los Ux no conocieron seres más pequeños que ellos mismos y sus enfermedades más importantes se ciñeron siempre en el área pulmonar, que era la parte más sensible de su organismo.

—¿Son tan virulentos como usted dice? —inquirió.

—Horribles. Fíjese en estos tubos. Contiene cepas de virulencia extraordinaria Con un solo tubo de éstos, lanzado a las aguas de una ciudad, se terminaría con todos sus habitan...

Palideció.

Luego, mirando a sus extraños huéspedes, comprendió, en la fría mirada del Ux, que había sido estúpidamente engañado.

—¡Fuera de aquí! — rugió.

Y corrió hacia el mueble donde guardaba la pistola.

Pero Tem no le dejó llegar.

A un gesto de Krak, sacó un largo tubo parecido a una linterna sorda y oprimió un botón. Al instante un haz luminoso, de color verdoso, cayó sobre el desdichado doctor que, paralizado por aquellas radiaciones, que afectaban a su sistema nervioso voluntario, cayó al suelo, incapaz del menor movimiento.

Krak sonrió y, tras ordenar a Tem que cargase con tubos y aparatos, señaló al médico:

—Nos lo llevamos también. Puede sernos de alguna utilidad.

—¿Hacia dónde vamos? —inquirió nuevamente Tem, con la esperanza de volver a ver a Smila, aunque le aterrorizaba la idea de encontrarla aún reducida al tamaño microscópico que la aceleración les había impuesto.

Pero Krak tenía otras ideas.

—Vamos a aterrizar en el satélite de este planeta. Allí estableceremos nuestro estado mayor. Tenemos que hacer muchísimas cosas antes de dar la batalla final.

—Como quieras —dijo Tem.

Un poco más tarde, y cuando todo estuvo ya cargado, la astronave, con un silbido horrible, que hizo que los indígenas se estremeciesen, partió hacia el espacio, dejando tras ella una tenue estela de humo blanco.

CAPITULO VI

Cuando Krak recibió los informes de los analizadores, al acercarse a la Luna, supo que este astro carecía de atmósfera y que por lo tanto era obligatorio permanecer en el interior de la astronave o utilizar escafandras espaciales, en caso de querer salir de ella.

La vuelta al tamaño normal le planteaba problemas serios, si dejaba que la totalidad de los Ux volviesen a ser lo que eran; por eso, ya mucho antes de arribar a la Luna, llegó a la conclusión de que, en cierto modo, se vería obligado a dejar que las astronaves uxianas prosiguiesen perteneciendo al microcosmos, ya que en él iban a operar para realizar la conquista de Macros.

Nada más posarse en la Luna se puso en comunicación, por radio, con la armada de Ux, comunicándoles sus deseos de que mantuviesen por el momento la misma aceleración; después, seguido por Tem, pasó al lugar donde éste había montado el laboratorio del doctor terrícola que, a su vez, estaba encerrado en una de las cabinas del aparato.

Durante muchas horas Krak estudió aquellas curiosas y microscópicas criaturas, que tanto daño podían hacer a los humanos. Observó detenidamente los distintos cultivos y fue anotando los grados de virulencia; pero cuando preguntó al cerebro electrónico el tiempo que necesitaría para barrer de Macros la especie inteligente que lo ocupaba, frunció el entrecejo, diciéndose que tenía que hacerlo mucho más rapidamente.

Se volvió hacia su compañero.

—Llama a las astronaves y ordena que todas las mujeres pasen a naves aparte. Voy a utilizarlas en un trabajo importante.

—¿Y los hombres?

—Tendrán que estar preparados para ocupar las zonas donde destruyamos a los habitantes de Macros.

Tem obedeció y poco después podía comunicar a su jefe que sus órdenes se habían llevado a cabo.

—Las mujeres se han alojado en cien astronaves —dijo.

—Perfectamente. Ordena ahora que se dirijan hacia aquí; pero que no olviden mantener la misma aceleración.

Y cuando las astronaves estuvieron girando interminablemente alrededor de la Luna, añadió:

—Hay que hacer que se posen en una plataforma, en el interior de nuestra nave —dijo Krak—. Para que la aceleración no se pierda en ningún momento, pondré en marcha estos aparatos de aceleración artificial, manteniendo siempre a las minúsculas astronaves en su área de acción. Una vez estén aquí, entraremos en comunicación con ellas. ¿Qué te parecería si nombrase a Smila comandante de esta formidable operación?

Tem tardó unos instantes en contestar.

—Me parece muy bien —dijo finalmente.

—¡Ya veras cómo se hará célebre! Ese planeta, amigo mío, reúne todas las condiciones necesarias para nuestra vida y ha de ser nuestro, sea como sea…

Mantuvieron silencio mientras las astronaves iban penetrando en el campo del acelerador artificial, dentro de la astronave, y se fueron posando sobre una mesa que Krak había preparado.

En realidad eran casi invisibles, pero el detector iba numerándolas, a medida que aterrizaban sobre la mesa.

—Ya están todas —susurró Tem, cuando el detector dejó de contar.

Miraba hacia los minúsculos puntos, que semejantes a granos de polvo yacían sobre la blanca superficie de la mesa. ¡Pensar que en el interior de uno de ellos estaba Smila!

Entretanto, Krak se había acercado al transmisor y llamaba insistentemente a Smila, logrando establecer comunicación con la joven, poco después.

—¿Me oyes bien, Smila?

—Sí. ¿Cómo está Tem?

—Perfectamente y muy animado. Escucha, pequeña: vas a hacer, en compañía de una de tus camaradas, una exploración fuera de la astronave. Aunque puedo proporcionarte un ambiente idóneo para tu organismo, preferiré que os pongáis las escafandras espaciales.

—De acuerdo.

—Coge también los paralizadores, aunque los seres que vas a ver son pacíficos para seres de tu talla. ¿Entendido? Luego, cuando estés junto a ellos, me irás dando ciertos detalles que yo no he podido averiguar. Y con el paralizador, realizarás algunas cosas sobre esos seres. ¿Dispuesta?

—Lo estoy. Voy a escoger a una de mis compañeras. ¿Qué te parece Turla, Krak?

—¡Estupenda! Cuando estéis vestidas con las escafandras, me avisas.

—Está bien.

Krak se volvió a su compañero.

—¡Tienes una esposa verdaderamente decidida!

¿Era aquél un reproche?

Tem no pudo saberlo; pero no obstante sintió cierto malestar por el tono de la voz del otro.

Se mordió los labios, manteniéndose en un obstinado silencio.

Momentos más tarde el altavoz tornó a vibrar y la querida voz de Smila llegó hasta ellos.

—¡Ya estamos dispuestas, Krak!

—Perfectamente. ¿Es vuestra astronave la primera de todas?

—Sí.

—Agarraos bien; voy a trasladaros de lugar.

—De acuerdo.

Cogiendo unas pinzas y una lupa, Krak avanzó hacia la mesa, buscando las astronaves que, a través del cristal de aumento, seguían siendo como minúsculos trocitos de paja. Después de recorrerlas con la vista, vio la que estaba a la cabeza de las demás, cogiéndola con las pinzas.

—¡Cuidado, Krak!

El jefe se volvió, con una sonrisa, hacia su colaborador.

—¿Cómo es posible que te vayas volviendo tan cobarde, Tem? Es verdad que bastaría que apretase un poco para destrozar a tu amada, pero ¿me creerías capaz?

Tem tragó saliva, con visible dificultad.

—Yo no te creo capaz, Krak; pero un involuntario descuido...

El otro dejó oír una risita breve.

—Tendrás que cuidar tus nervios, amigo mío. Indudablemente, Smila vale mucho más que tú. Es más decidida.

Posó la astronave con sumo cuidado sobre la platina del microscopio, donde antes había colocado un portaobjetos con una gota que contenía los microbios que había extraído de uno de los tubos del doctor terrícola.

—¿Me oyes, Smila?

—Sí.

—Ya podéis salir.

—Perfecto.

Sin poder contenerse, Tem se adelantó hacia él.

—No les ocurrirá nada, ¿verdad?

Krak miró al otro con desprecio; pero no despegó los labios, limitándose a encogerse de hombros.

* * *

Al salir de la astronave, seguida por Turla, Smila intentó comprender la naturaleza del sitio donde se hallaba. El suelo brillaba extraordinariamente y podía ver su imagen reflejada sobre él. No tardó tampoco en ver una montaña de líquido, un poco más allá y que también brillaba intensamente (1[1])

Las escafandras que ambas astronautas llevaban eran perfectas y podían penetrar en el líquido con suma facilidad; pero antes de hacerlo Smila se comunicó con Krak.

—¿Debemos penetrar en el líquido?

—Sí. Allí encontraréis a esos seres de los que antes te hablé. Son ovoides y están dotados de una larga cola con la que se mueven a una

velocidad formidable.

—¿Dices que no son peligrosos?

—Para vosotros, no.

—Vamos, entonces.

Valientemente, después de comunicar a su amiga las órdenes que acababa de recibir de Krak, Smila, sin dudarlo un momento más, penetró en la masa líquida, protegida por la tela impermeable de su escafandra.

Los vio inmediatamente.

Eran horribles, completamente negros y con un largo flagelo, rizado, como un sacacorchos, que emergía de la parte posterior de sus voluminosos cuerpos.

Giraron en derredor de las dos astronautas; pero evidentemente debían temerlas, porque no se acercaron en ninguna ocasión más de lo debido.

La voz de Krak volvió a sonar en los micrófonos de Smila.

—¿Va todo bien?

Perfectamente. ¡Estos bichos son verdaderamente impresionantes!

No te preocupes; no os harán nada. Ahora deseo que paralices a uno de ellos.

—Voy a hacerlo.

Y uniendo la acción a la palabra, Smila apuntó al más cercano monstruo, oprimiendo decididamente el disparador.

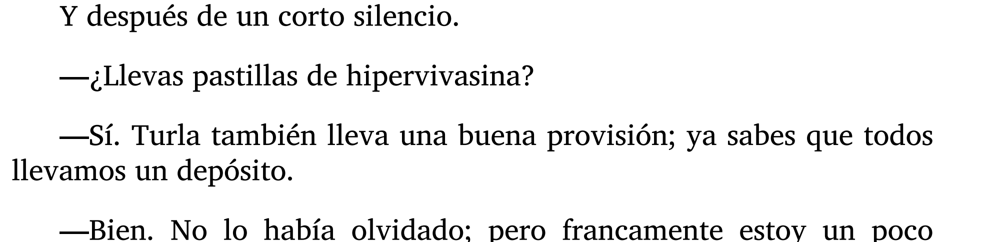
Un rayo verdoso surgió de aquella especie de linterna sorda, pegando de lleno en el cuerpo del bacilo (1[2]) que, casi en seguida, perdió su ardor, quedando completamente inmóvil segundos después. Los otros huyeron velozmente.

Smila pulsó el llamador de su radio, oyendo la voz de Krak:

—¿Qué hay, pequeña?

—Ya he paralizado a uno de ellos, Krak.

—¡Formidable!



Y después de un corto silencio.

—¿Llevas pastillas de hipervivasina?

—Sí. Turla también lleva una buena provisión; ya sabes que todos llevamos un depósito.

—Bien. No lo había olvidado; pero francamente estoy un poco nervioso...

Tras una pausa, dijo:

—Escucha, Smila: vas a abrir una fisura en el cuerpo de ese ser e introducirás una pastilla en el interior de su organismo. Después paralizarás a otro y otro, hasta que hayáis acabado con las pastillas que lleváis en depósito tu compañera y tú. ¿Entendido?

—Si, Krak.

—¡Buena suerte!

* * *

Krak se volvió hacia Tem, que estaba pendiente de todo con la más viva ansiedad reflejada en el rostro.

—¡No tengas miedo! ¡Ella no lo tiene! Es una mujer valerosa.

—Ya lo sé.

Pero pensaba en que Smila ignoraba el peligro que ella misma había intuido en aquel horrible sueño.

—¿Para que has mandado poner esas pastillas en el cuerpo de esos seres?

Krak le miró enigmáticamente.

—¿Eres curioso, eh? Voy a decírtelo, Tem: la hipervivasina, como ya sabes, centuplica la vitalidad de todos los sere vivos. Esos, como otros cualquiera, serán cien veces más fuertes, cien veces más terribles y, además, se reproducirán mi veces más que antes. Cada uno de esos microbios dará vida a millares de ellos; pero con la diferencia que los hijos de éstos —los que han sido sometidos a la acción de la hipervivasina— serán, como sus progenitores, fuertes como nunca

soñaron serlo… ¿Me entiendes ahora?

Tem movió la cabeza.

—Apenas.

—Es sencillo, sin embargo. Estos animales son enemigos implacables de los habitantes de Macros. Durante muchos siglos, como nos explicó nuestro prisionero, causaron muerte de millones de seres de su especie. Gracias a los adelantos médicos, los humanos lograron hacer desaparecer casi totalmente la enfermedad producida por estos seres microorganismos.

»Los pocos microbios que aún no pueden combatir eficazmente son relativamente pocos.

»Pero ahora tendrán que enfrentarse con unos bacilos tan intensamente mortíferos, que de nada les servirán los medicamentos empleados para combatirlos…

»Será su perdición, Tem, y al mismo tiempo nuestro más profundo triunfo. ¿Qué te parece mi plan?

Tem vaciló al contestar:

—Genial; pero ¿cómo llevarás esos seres hasta Macros?

El otro sonrió y una mirada de desprecio iluminó sórdidamente su rostro.

—¿Con quién puedo contar verdaderamente en estos momentos? ¿Contigo? ¡Ja, ja, ja! No, Tem, tú te has vuelto demasiado tímido para confiarte una misión tan importante… ¡Será Smila y sus valientes compañeras, las mujeres Ux, las que llevarán a cabo, para su orgullo, la gran batalla ofensiva contra Macros!

CAPITULO VII

Max ultimó sus visitas, junto a otros médicos, en la amplia zona de Washington, donde actuaba. Desde hacía dos semanas una forma nueva de cólera asolaba al mundo.

Como en épocas pasadas, como si una nueva Edad Media hubiese surgido, volvían a aparecer los cuadros de aquella época.

Caminos llenos de cadáveres; carros, coches y toda clase de vehículos que llevaban los cuerpos putrefactos hacia gigantescos crematorios, organizados un poco por todas parte»

¡El cólera!

¿Quién podía haber olvidado aquellas epidemias colosales de las que las páginas de la Historia hacían temblar aún.

Y lo verdaderamente horrible, lo paradójico, fue que todos los medios modernos, de los que la medicina estaba orgullosa, se vieron desbordados por un problema con el no contaban los médicos del siglo XX, que hubiesen sido capaces de hacer frente a cualquier otra eventualidad, pero que se hallaban desarmados frente a una enfermedad que surgía del pasado, con su viejo cortejo de dolores, vómitos y muerte casi fulminante.

Max, tremendamente cansado, salió del recinto hospitalario donde se intentaba, tan vanamente como en miles de sitios idénticos, luchar contra la enfermedad.

Sus síntomas no eran ya un misterio para nadie y desde las primeras horas, cuando el adelgazamiento se producía hasta cuando la piel, reseca, formaba una especie de capa apergaminada sobre los cuerpos, el fantasma del cólera paseaba por campos y ciudades, dejando en su pos aquellas hogueras crematorias donde se consumía rápidamente la humana grey.

Subiendo en su coche, tras haber pasado por la sección de desinfección, Max Larson pensó que todavía tenía el tiempo justo antes de que anocheciera para llegar a la casa de campo donde había confinado a Helen, junto a su amigo Thomas Turner, el físico que, habiendo montado un pequeño laboratorio en aquella granja abandonada, proseguía estudiando la minúscula astronave que había

logrado atrapar semanas antes.

Y si Max deseaba llegar allá antes de que las tinieblas cayesen sobre la Tierra era porque, como siempre, cada vez que una desgracia se cierne sobre la humanidad pareciendo señalar el fin del mundo, los bajos instintos de muchos se despiertan en esas horas cruciales, desatando su odio y su cólera contra todo y contra todos.

Acelerando, Max logró que su vehículo rindiese el máximo y una hora más tarde, justo cuando empezaba a anochecer, se detenía ante la granja, viendo a la muchacha que, al oír el vehículo, salió corriendo a su encuentro.

El se apeó, tomándola en sus brazos.

También había adelgazado la muchacha; pero ¿quién no sentía los efectos de toda la anormal tragedia que caía sobre el mundo?

—¿Y Thomas?

—Trabajando. Ya le he llamado hace poco, diciéndole que la cena estaba preparada; pero ha dicho que esperaría a que tú vinieses.

—Está bien. Voy a verlo.

—No tardéis demasiado.

—No; te lo prometo.

Atravesó el amplio patio que separaba la casa del granero, lugar donde Turner había instalado su laboratorio. Y encontró a su amigo junto al microscopio.

Al oír los pasos de Larson a su espalda, el joven físico se volvió, saludando al recién llegado con un gesto.

—¿Qué hay, Max? ¿Cómo ha ido eso?

—Como siempre. ¿Sabes la sensación que se apodera de uno cuando sabe, por anticipado, que todos los esfuerzos que realice van a ser completamente inútiles?

—Me lo imagino.

—¡Es horrendo! De nada sirve el plasma, ni los estimulantes cardíacos; de nada sirve nada. Además, las fábricas de fármacos comienzan a sentir la enfermedad y las cantidades que producen son cada vez más pequeñas, hasta hacerse in significantes... ¡Es el final, amigo mío!

—¿Por qué perder la esperanza tan pronto?

—¿Crees tú que podemos tener aún alguna? Es posible que desde este laboratorio veas las cosas de una manera muy apartada de la realidad; pero en la ciudad, junto a los enfermos, viendo morir la gente a cada instante se da uno cuenta de que el verdadero, el definitivo final se acerca a pasos agigantados...

—Quisiera que echases una ojeada a lo que he preparado,

—¿De qué se trata?

—Logré extraer, con muchísimo cuidado, los dos cuerpos microscópicos de la astronave. Y sirviéndome de los microbisturíes de este microscopio, he conseguido realizar una pequeña disección. ¿Quieres verlo?

—Sí.

Max se acercó al microscopio, posando el ojo sobre el borde del ocular y moviendo después ligeramente el tornillo micromètrico, logró el enfoque apetecido.

Demostrando una habilidad ciertamente extraordinaria, Thomas había conseguido realizar un trabajo de disección notable y allí, sobre la platina, se demostraba plenamente algo que hizo que Max lanzase una exclamación de asombro:

—¡Son humanos!

—Eso es, amigo mío. Tan humanos como tú y yo. He examinado sus órganos, uno a uno, sin encontrar la menor diferencia con los nuestros. Estos dos eran varones.

—Sí.

Hubo un corto silencio.

—¿Cómo es posible —preguntó Thomas— que seres de ese reducidísimo tamaño y de nuestra misma estructura puedan existir, Max? ¿No es algo que parece, a todas luces, tan absurdo como increíble?

—Tienes razón. Hay en todo esto un misterio que escapa a todas nuestras investigaciones; porque, queramos o no queramos, lo que estamos padeciendo puede ser más que un ataque de estos minúsculos invasores.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no? Fíjate bien, Thomas, que estamos siendo atacados por seres microscópicos, cuya virulencia ha sido, sin ningún género de dudas, alterada, reactivada por un procedimiento que nos escapa. E indudable que el vibrión colérico existía en la Tierra y causaba víctimas, no muchas afortunadamente, en las regiones asiáticas, donde las medidas higiénicas de las aguas no eran verdaderamente satisfactorias. Pero de aquellos pequeños focos a lo que padecemos actualmente, una verdadera epidemia, hay mucha distancia. ¿Quién ha podido infectar las aguas de todas las ciudades del mundo? ¿Quién ha lanzado esa cepa virulenta de vibriones sobre nosotros? ¡Ellos! —y señaló el microscopio—. Ellos, amigo Thomas, que, viendo que no conseguían nada con su antiguo procedimiento de lanzar las astronaves sobre el cerebro de los hombres, como empezaron a hacerlo quizá fortuitamente contra el profesor Werker, han ideado esta manera, mucho más segura y rápida, de acabar con nosotros...

Turner asintió con la cabeza.

—Estoy plenamente convencido de que ésa es la verdad, Max; pero no es el problema que me trae loco.

—¿Qué te interesa, entonces?

—Conocer tu opinión acerca de lo que antes te dije. ¿Es posible que puedan existir seres de la misma constitución, separados por una desemejanza de tamaño tan gigantesca como ésta? ¿Qué cuerpos celestes podían habitar estos micro-humanos? No, hay algo anormal en todo esto; algo tan fantástico que, sin embargo, podría no solamente resolvernos muchos problemas, sino proporcionarnos el arma capaz de detener esta solapada y criminal invasión.

—No lo sé, Thomas.

—¡Yo estoy seguro! Pero por mucho que trabajo sobre ello no veo nada que pueda explicarme este curioso fenómeno.

Guardaron silencio unos instantes.

—¡Eh, amigos! ¿Os habéis olvidado de la cena?

Se volvieron al unísono, viendo a Helen apoyada en las jambas de la puerta.,

—Vamos, Thomas.

La siguieron, y durante la comida, de tácito acuerdo, evitaron

referirse a ninguno de los problemas que les acuciaban, prefiriendo charlar de cosas baladíes, dejándose llevar por los recuerdos de una vida que parecía condenada a no volver jamás.

Pero sin poder evitarlo, Max, que todavía llevaba impresos en su mente los recuerdos de lo que había hecho durante el día, exclamó, después de uno de los silencios:

—¿Pero es posible que la humanidad tenga que perecer de esta estúpida forma?

—¿Por qué eres tan pesimista, querido? —inquirió Helen—. Siempre fuiste diferente y jamás te dejaste llevar de esta manera.

—¡Es que me rebelo, Helen! ¡Es que, como muchos millones de hombres, protesto vehementemente contra el lazo estúpido que nos han tendido! Si acaso hubiesen utilizado potentes armas desconocidas de los hombres, si hubieran venido, como todo el mundo lo ha esperado siempre, con sus astronaves, derrotándonos en una lucha en la que los humanos hubiesen demostrado su valor, la derrota sería menos amarga...

»¡Qué horrible es la esterilidad de nuestros esfuerzos!

Bajó la cabeza, bajo el peso de la tragedia que había hundido su angustiosa mano en él, llegando hasta lo más íntimo de su espíritu.

El silencio que siguió era significativo.

Porque, a pesar de la relativa tranquilidad de que gozaban en aquel apartado rincón del estado, no podían hacerse ilusión alguna. Más tarde o más temprano, la enfermedad llegaría hasta ellos.

Helen levantó la mesa y los dos hombres permanecieron aún un rato sentados, fumando unos cigarrillos.

—Sigo sin explicarme —dijo Turner— por qué esos seres son tan idénticos a nosotros. Al menos, me han demostrado que la unidad de formas en el cosmos no admite duda alguna y que los seres inteligentes poseen una constitución igual; pero ¡por el amor de Dios!, ¿por qué esa alucinante diferencia de tamaño?

—Jamás sabremos la verdad —repuso Max—. En otras circunstancias te aseguro que me hubiese apasionado esa incógnita; pero ahora, cuando se «masca» claramente el final, los grandes problemas pierden importancia.

—¿Tú crees?

—¡Claro que sí, Thomas! Es como si la hormiga sobre la que cae el pie de un hombre intentase averiguar, en los últimos instantes, la nacionalidad o la especie del ser que va a aplastarla.

Venciendo el escalofrío que le habían causado las palabras de su compañero, el físico se levantó de la mesa.

—¡Eres un exagerado, Max! Afortunadamente no te hago mucho caso.

Pero en realidad, las últimas palabras del médico reflejaban con un verismo escalofriante la verdad de una situación sin salida.

—¡Ya es hora de irse a dormir, señores! —exclamó Helen, que apareció en la puerta y que llegaba de limpiar la vajilla—. ¿No les parece?

—Sí —repuso sombríamente Max—. Mañana he de salir temprano.

Ella iba a decir algo, pero Thomas, desde la espalda de su amigo, le hizo un gesto, rogándole expresivamente que dejase tranquilo al médico, cuyo espíritu estaba ciertamente torturado.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Te quedas aquí, Thomas? —inquirió la muchacha.

—Sí. Fumaré aún un cigarrillo fuera… Hace una noche espléndida.

Desde lo alto de la escalera Max se volvió, y dirigiéndose al físico, que le miraba en aquel momento, exclamó:

—¡Dichoso tú que puedes disfrutar aún de la belleza de la noche! ¿Te imaginas lo que gozarán los hombres junto a las pilas funerarias, pegándolas fuego?

Thomas no contestó, saliendo apresuradamente de la casa.

Durante un largo rato miró sin ver cuanto le rodeaba.

¿Se habría vuelto realmente ciego a la tragedia que estaba acabando con la humanidad?

¿O era simplemente un iluso, un soñador, uno de los pocos humanos que a aquellas alturas se permitía el extravagante lujo de tener ilusiones?

Volvió a pensar en les hombrecillos minúsculos que yacían sobre la platina de su microscopio.

—¡No, no es posible!

Por muchas vueltas que diese a aquel problema, jamás encontraría una solución que satisficiera su espíritu lógico. Y tornó a preguntarse la clase de mundo que podrían habitar aquellas criaturas: un mundo tan pequeño como un átomo…

El estrépito, surgido inesperada y brutalmente de lo hondo de la noche, le dejó helado, sin que pudiese hacer un solo movimiento en varios minutos. La misma emoción que le embargaba, mientras pensaba en todo aquello, contribuyó poderosamente a paralizarle aún más.

Oyó perfectamente, inmediatamente después del formidable estrépito, los gritos de Helen y la voz serena de Max, así como el ruido que hacían al bajar por la escalera que conducía a sus respectivas habitaciones; pero a pesar de todo, a pesar de darse cuenta de que sus amigos se dirijan hacia él, para preguntar lo que había ocurrido, siguió inmóvil, sin poder hacer el menor movimiento.

Y era que, desde el primer momento, se había percatado que el estrépito se había producido EN EL LABORATORIO.

—¡Thomas!

Era la voz de Helen, vibrante de inquietud.

Volvióse, mirando a sus dos amigos que se acercaban a él. La palidez de su rostro era impresionante.

Helen lo cogió ansiosamente por el brazo.

—¿Qué ha ocurrido, Thomas?

Entonces él pudo, al fin, recobrar la tranquilidad, relativa, y señalando hacia la parte posterior de la casa dijo, con un hilo de voz:

—Ha sido en el laboratorio.

La oscuridad era casi completa y apenas si podían distinguir los borrosos contornos del granero.

—Voy a buscar una linterna —dijo Max.

—¿Por qué no utilizas los focos del coche? —Inquirió Thomas—. Así podremos verlo desde lejos…

Se mordió los labios, percatándose de que había dicho demasiado y que sus amigos iban a percatarse del miedo que sentía.

En efecto, Max le miró fijamente; pero no dijo nada, dirigiéndose hacia el vehículo, apartado a pocos metros del lugar donde se encontraban.

Momentos más tarde el rumor del motor rompió el silencio que les envolvía y cuando, después de encender los focos, Max se percató de que estaba mal situado, puso el coche en marcha, haciendo primeramente marcha atrás y situándolo, finalmente, en dirección al granero.

Helen se llevó la mano a la boca, deseando ahogar el grito que pugnaba por salir de su garganta.

En cuanto a Thomas, se quedó parado, intentando abrirse pasó mentalmente ante la inconcebible escena que tenía delante.

Porque surgiendo del laboratorio, que estaba completamente destrozado, UNA EXTRAÑA Y GIGANTESCA ASTRONAVE llegaba casi hasta la casa, empotrada su parte delantera en el antiguo granero…

CAPITULO VIII

Max salió velozmente del coche, dirigiéndose hacia donde se hallaban sus amigos.

—¿Qué demonios es eso? — inquirió.

Tardó Thomas cierto tiempo en contestar; luego, con voz imprecisa:

—No lo sé aún, Max; pero me lo imagino. —Y después de una pausa, sonriendo débilmente—: No creo que haya peligro alguno en acercarse; vamos.

Avanzó decidido, precediendo a los otros dos, que le siguieron fuertemente cogidos de la mano.

La zona estaba ampliamente iluminada por los potentes faros del coche y le fue sumamente fácil a Thomas recorrer lo poco que quedaba del granero, penetrando en el interior del cobertizo por una de las tremendas fisuras que se habían abierto en su frágil pared.

El laboratorio ofrecía un estado caótico.

Pero Turner, seguro de lo que deseaba encontrar y con una idea preconcebida en el cerebro, siguió su camino, oyendo los pasos de sus amigos que se acercaban a su espalda.

Poco después, junto a lo que había sido mesa de experimentación y no lejos del microscopio, que yacía inutilizado en el suelo, el físico descubrió lo que andaba buscando.

—¡No pases, Helen! —advirtió. Después agregó—: Acércate tú, Max.

El médico se abrió paso entre los objetos diseminados en el suelo, llegando junto a su amigo.

—¿Qué hay?

Thomas le señaló algo que yacía en el suelo.

—¿Reconoces esos restos humanos?

Larson miró hacia donde le indicaba su amigo, ahogando una

exclamación de sorpresa.

—¡Si son los mismos!

—En efecto. ¿Recuerdas ese tórax, que logré abrir gracias al microbisturi? ¿Y aquel cráneo que conseguí trepanar con la microserreta?

—Sí, pero ¿cómo se han vuelto de TAMAÑO NORMAL?

—Eso es lo que ha ocurrido, Max, PORQUE TENIA QUE OCURRIR.

—¿Qué quieres decir?

—Que de no haber sido así hubiese terminado volviéndome loco, antes de morir atacado por el cólera... Yo no puedo decirte, aunque desearía hacerlo con toda mi alma, por qué estos cuerpos y esta astronave han recobrado lo que indudablemente era su TAMAÑO NORMAL; pero sea como sea, ahora ya estoy seguro de que no me equivocaba y de que estos seres que nos están atacando tan cruelmente son, después de todo, completamente idénticos a nosotros.

—¿Y cómo tenían tan exiguo tamaño? —preguntó Max.

—Ya te he dicho que no puedo contestar a esa pregunta, aunque desearía hacerlo... Vamos hacia afuera. Me interesa visitar la astronave.

—¿Por qué no has dejado entrar a Helen? Ella, después de todo, es enfermera.

—No importa. El espectáculo no es nada agradable, aunque sea para una profesional. A mí me ha causado una penosa sensación.

—Lo comprendo. Vamos.

Salieron y contaron a Helen, que les esperaba a la puerta del antiguo granero, todo lo que habían visto. Luego, de mutuo acuerdo, buscaron la manera de penetrar en la astronave, lográndolo con relativa facilidad, ya que el aparato ofrecía una amplia brecha en uno de sus costados.

Tuvo que ir Max por unas linternas, ya que la luz de los focos del coche no penetraban en la nave del espacio.

Al iluminar el interior del vehículo espacial, los dos hombres sintieron inmediatamente ese malestar inevitable que se experimenta al tomar contacto con otra civilización que, sobre todo, imprime una

sensación de aplastante SUPERIORIDAD.

—¡Es fantástico!

Todo, en efecto, era fantástico, y Thomas, de lleno en su elemento, intentaba explicarse la utilidad de todos aquellos aparatos, cuya perfección apenas lograba entrever.

—¿Te das cuenta? —inquirió, con una emoción que impregnaba el tono de su voz— de que todo esto ha sido realizado por manos humanas, tan humanas como las nuestras?

Y como Max no dijese nada, siguió diciendo el físico:

—Durante mucho tiempo hemos vivido influidos por la lectura de todos aquellos que, dejando correr su fantasía, nos decían cómo debían ser los seres que, más o menos tarde, llegarían a la Tierra; porque, eso sí: todos estábamos seguros de que alguna vez llegarían. Ahora bien ¿cómo se imaginaban esos fantasiosos las criaturas cuya visita esperábamos? ¿Quién no recuerda los horrendos seres de Wells, los plutonianos, marcianos, jovianos o criaturas extragaláxicas que pintores, cineastas, dibujantes y escritores crearon? Había algo que repugnaba el más simple sentido común.

»Porque, a pesar de que las condiciones de vida en otros astros eran distintas o hasta diametralmente opuestas a las del nuestro, era completamente imposible que los monstruos inventados por los artistas fuesen una realidad dentro de la hermosura de la Creación. ¡Y ésta es la prueba evidente de que se engañaban!

—Me hubiera gustado mejor recibir la visita de monstruos deformes, pero animados de intenciones más pacíficas que las de los tripulantes de esta astronave.

Thomas se volvió hacia su amigo, sonriendo tristemente.

—¿Y eso lo dice un médico, un biólogo como tú? No, amigo mío: la vida es lucha y no hay más que mirar hacia nuestro mundo para comprenderlo. ¿Vas a intentar decirme que somos mejores que esos seres, cuyos cadáveres yacen ahí fuera? ¿Quieres hacerme creer que nosotros, situados en su puesto, hubiésemos sido menos crueles?

—Thomas tiene razón —dijo Helen.

—Claro que la tengo, pequeña. Poco sabernos, nada, de estos viajeros del espacio, que Dios sabe de dónde llegan. Quizá de mundos tan alejados, que se han visto obligados a viajar a la velocidad de la luz. Yo creo...

Pero se detuvo, con la mirada estràbica, temblando todo su cuerpo.

—¡LA VELOCIDAD DE LA LUZ! ¿Has oído eso, Max? ¿Te das cuenta, amigo mío?

Larson miró a Thomas, después a Helen.

—¿Ocurre algo malo? —inquirió, preocupado por la expresión de anormal júbilo que acababa de aparecer en el rostro del físico.

Pero Thomas, sin hacer caso de la sorpresa pintada en el de sus dos amigos, se abrazó fuertemente a Max, después a Helen, saltando y bailando de una forma tan cómica, que ambos jóvenes creyeron por un momento que había perdido la razón.

—¡No, no me miréis con esa cara de atontados! ¡No me ocurre nada, palabra! Lo que pasa es que acabo de encontrar la explicación de lo que me torturaba y, al mismo tiempo, si tenemos un poco de suerte, la solución de todo lo que amenaza al mundo!

—¡Explícate!

—Escuchadme. Yo me estaba rompiendo la cabeza para explicarme lo del tamaño reducido de estas criaturas; después, cuando recobraron su talla normal, así como la astronave, no pensé momentáneamente en algo que sin embargo debía haber llamado inmediatamente mi atención. ¡Qué estúpido he sido, Dios mío! Años y años estudiando la misma cosa, repasando las ecuaciones de Lorentz y las fórmulas de la relatividad general de Einstein; casi desde que entré en la universidad sabía ya que un cuerpo, al acercarse a la velocidad «c», la velocidad de la luz, de trescientos mil kilómetros por segundo, perdía su masa, por un efecto de contracción... ¡Y pensar que he discutido mil veces sobre ello!

»Estas criaturas han conseguido, eso es evidente, acercarse a la velocidad de la luz. Y por eso, mis queridos amigos; por efectos de una aceleración QUE NO SE DETIENE CUANDO EL MOVIL SE PARA, quedaron reducidos a ese microscópico tamaño, volviéndose normales cuando los efectos de tal aceleración DESAPARECIERON POR COMPLETO.

»¿No os dais cuenta de la tremenda importancia de todo esto?

Max se pasó la mano por la frente.

—Con toda franqueza — repuso—, no.

—Lo que ha ocurrido aquí, hace un rato, va a suceder con todas las astronaves invasoras que, de un momento a otro, VAN A VOLVER A SU TAMAÑO NORMAL. Y entonces, como tú decías antes, Max, ELLOS SERAN ENEMIGOS DE NUESTRA TALLA, perfectamente visibles y a los que podemos atacar, como si se tratase de gente de nuestro propio planeta. Ya no podrán enviar sus invisibles cohetes para contaminar las aguas y, si desean apoderarse de la Tierra, tendrán que luchar cara a cara con nosotros.

—¡Pero eso es formidable, amigo mío! —exclamó Max, cuya alegría se filtraba de una manera exuberante.

Y después de una corta pausa:

—¡Hay que comunicar estos fantásticos descubrimientos a las autoridades de Washington! ¡Tienes que marchar en seguida, Thomas!

El físico meneó la cabeza.

—No, Max; yo no me moveré de aquí. Es la primera, y quizá la única, ocasión que tengo de observar estos maravillosos aparatos y no los abandonaré por nada del mundo. No, amigo mío; ve tú. Podrás decirles lo mismo que yo les diría. Adviérteles de lo que va a ocurrir y diles que preparen todas las armas disponibles, que todos los cañones apunten al cielo, que todos los aviones de caza se preparen, que estén dispuestas las rampas de lanzamiento para los proyectiles teledirigidos... ¡Que se dispongan a vengar todos los millones de muertos que ellos nos han causado!

Los ojos de Thomas brillaban intensivamente. Y sintió una gran alegría al comprobar que las pupilas de su amigo habían adquirido idéntico brillo.

—¿No os moveréis de aquí? —inquirió Max, dispuesto ya para marchar.

—No. Vamos a descansar un poco hasta que amanezca —repuso Turner—. Mañana me meteré aquí y, con ayuda de Helen, empezaremos a estudiar detalladamente los aparatas de esta astronave.

—Volveré lo antes posible. Quiera Dios que todo salga como deseamos.

—Así sea.

* * *

Desde que Krak ordenó a las astronaves mandadas por la valiente Smila hacia Macros cargadas de la mortífera carga de los vibriones coléricos, cuya virulencia habían reactivado, Tem salió del laboratorio, perseguido por la burlona risita de su jefe, encerrándose en su cabina.

Allí, echado en el lecho, meditó profundamente sobre el curso que seguían los acontecimientos, intentando imaginar lo que iba a ocurrir en la superficie del planeta que, a través del ojo de buey de su cabina, veía flotar en el espacio, rodeado de nubes azuladas que escondían parcialmente el contorno de sus oscuros continentes.

Hasta entonces, y gracias seguramente al diminuto tamaño de las naves, que escapaban a los medios de observación de los habitantes de Macros, las cosas habían ido bastante bien y sólo un astrocohete había desaparecido misteriosamente en aquel planeta.

Pero ¿no podía ocurrir con los otros aparatos lo que había sucedido con el que pilotaban ellos?

Vueltos a su tamaño real ya no podrían beneficiarse de su invisibilidad, y los pobladores de Macros, desesperados por el ataque criminal de que habían sido objeto, se lanzarían con todos los medios a su alcance contra aquellos que habían sembrado su mundo de muerte y desolación.

¿Y Smila?

No pudo permanecer más allí, y levantándose salió al pasillo, dirigiéndose hacia la cabina, donde Krak estudiaba las respuestas que le iba dando el cerebro electrónico.

Al sentir su presencia, el viejo se volvió hacia él.

—¿Sigue devorándote el temor, Tem?

—¿Por qué me dices eso?

—Porque llevas el miedo impreso en el rostro y no creo que Smila estuviese muy orgullosa de ti, si pudiera verte ahora.

—Crees que no la merezco, ¿verdad?

El otro sonrió con desprecio.

—¿He de contestarte con sinceridad?

—Lo prefiero.

—Pues bien: no la mereces, Tem; en realidad, esa maravillosa joven cometió un error al unirse a ti. Aunque por fortuna las leyes de Ux pueden remediar ciertos errores.

—¿Qué quieres decir?

—Que es muy posible que Smila piense, al convertirse en algo importante, que no le convienes en modo alguno.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí.

La palidez del rostro de Tem era tan intensa que, por zonas, parecía completamente translúcida, dejando ver el curso azulado de las venas.

Ahora ya no podía dudar de las intenciones de Krak respecto a Smila. Lo que había temido desde hada muchísimo tiempo se estaba convirtiendo en una realidad, que le hería como una traicionera puñalada por la espalda.

—¡Smila no me dejará! —gritó bruscamente, mirando con fijeza a su jefe.

Este, seguro de que todo aquello no era más que una descarga histérica, se limitó a encogerse de hombros, y al volverse dejó escapar, quizá sin darse cuenta, algo del fondo de sus pensamientos:

—¡Pobre imbécil! ¿Cómo podrás evitar que Smila me pertenezca?

Fue entonces, incapaz de resistir aquella tortura indecible por más tiempo, cuando Tem, olvidando todo lo que había aprendido sobre el respeto a las jerarquías de los Ux, se abalanzó sobre Krak, golpeándole con todas sus fuerzas sobre la cabeza.

El viejo, que estaba de espaldas, intentó volverse para defenderse; pero el ritmo alocado de los golpes le impidió realizar totalmente el movimiento y se desplomó, con el rostro ensangrentado.

Aún en el suelo, Tem siguió golpeándole, como si hubiese deseado reducirlo a pedazos.

Después el joven retrocedió, asustado de su propia valentía, sin dejar de pensar en lo que podía ocurrirle en cuanto se enterasen que había agredido, y puede ser que hasta matado, al hombre en el que todos los Ux tenían puestas las esperanzas.

¡Tenía que huir!

Quizá más tarde, cuando el furor de los Ux se hubiese pasado, podría regresar junto a Smila, a la que diría llana y sencillamente la verdad de cuanto había ocurrido.

Smila…

¿Y por qué no ponerse en comunicación directa con ella, inmediatamente? ¿Por qué no ponerla en antecedentes de los horribles peligros que debían amenazarle allá, en Macros?

Se dirigió a la sala de aparatos, arrancando de la pared un transmisor potente que dejó en el suelo, hasta haberse puesto la escafandra especial, colgándoselo después sobre el hombro.

Fue al depósito de víveres y se llenó los bolsillos de pastillas que calmarían su sed y su hambre. Y después de echar una última mirada al cuerpo de Krak, que yacía ensangrentado, abandonó la astronave, cerrando la escotilla tras sí.

Una vez sobre la superficie lunar se alejó lo más rápidamente posible de la astronave, cosa que fue fácil gracias a la menor fuerza de atracción de aquel satélite de Macros.

Luego, ya lejos y oculto en el interior de uno de los profundos cráteres que sembraban el suelo de la Luna, puso en marcha su aparato de radio y empezó a llamar a Smila, seguro de que tarde o temprano ella captaría sus angustiosas señales.

CAPITULO IX

Después de mostrar la manera de infectar las aguas de Macros, penetrando en ellas con las minúsculas astronaves y dejando caer la mortífera carga microbiana que llevaban los aparatos en unos depósitos que arrastraban tras ellos, Smila distribuyó su flota por todo el planeta, destinándose una amplia zona, en la que sembró los vibriones, en compañía de Turla.

Había dado unas coordenadas de reunión a las demás mujeres, y cuando ella terminó su labor se alejó un tanto del suelo de Macros, deteniendo la astronave a una cierta altura.

Llamó a Krak, para decirle que todo iba bien, pero no logró respuesta alguna.

—Debe de estar organizando algo con las astronaves de los hombres — dijo a su compañera.

—Seguramente.

Y tras una pausa ésta exclamó:

—¿Sabes que me gustaría ver a uno de los habitantes de este planeta, Smila?

—Puedes imaginártelo fácilmente, Turla. Son como nosotros, pero varios millones de veces mayores.

—Creo que estás equivocada, querida: son idénticos a nosotros.

—¿Te refieres entonces a que Krak nos engañó, haciéndonos creer que había aumentado su tamaño y el de Tem a voluntad?

—Yo no puedo creerlo. ¡Nadie es capaz de hacer eso!

—Puede que tengas razón; pero no olvides que Krak es muy poderoso y el más sabio de los Ux.

—De todas formas, me hubiese gustado, antes de que desaparezcan totalmente, ver a uno de los seres de Macros. Ahora, siendo infinitamente más pequeña que ellos, no puedo ni concebirlos, a pesar de que son como tú dices iguales a nosotros.

Smila no le escuchaba.

Había vuelto a llamar a Krak, sin obtener más resultado que la vez anterior.

—¡No me lo explico! —exclamó, desconectando el mecanismo de llamada—. Krak debe de tener ocupado el aparato y Tem debe de hacer funcionar también el suyo.

Fue en aquel momento cuando el zumbador de la ultrarradio le hizo conectar rápidamente.

—¡Debe de ser Krak! —exclamó alegremente, contenta de haber logrado finalmente entrar en contacto con el jefe.

Pero al conectar no oyó nada, ni nadie replicó a sus llamadas. Molesta, conectó el receptor con el clasificador del cerebro electrónico, para determinar la situación de la astronave que estaba llamando a su número de orden.

Cuando el cerebro electrónico vertió su tarjeta perforada por la ranura y Smila la cogió, una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡Es imposible! ¡Imposible!

Turla se acercó a ella.

—¿Qué ocurre, Smila?

—¡Fíjate! ¡Es la MS-237!

—¿La astronave que desapareció?

—Sí. Están llamando, aunque nadie contesta a mis respuestas. Deben de estar heridos…

—¿Tienes la situación?

—Sí.

—¡Vayamos en su ayuda!

—Eso estaba yo pensando también, Turla. No podemos dejar a esos Ux sin auxilio. Prepara la marcha.

Instantes después la astronave, conectado su sistema de pilotaje al cerebro electrónico que por medio de un selector radiogoniométrico había determinado la situación de la emisora de la astronave perdida,

se dirigía rápidamente hacia ella.

Ambas muchachas estaban, al mismo tiempo, emocionadas y nerviosas.

—Es una alegría —dijo Smila— poder salvar a esos amigos. Seguro que Krak se pondrá contentísimo.

—¿No notas nada?

—¿Qué, Turla?

—Siento una terrible opresión en el pecho... ¡Creo que voy a desmayarme!

E intentando afianzarse a un sillón vecino, Turla no logró más que precipitar su caída.

Smila intentó a su vez ayudar a su amiga; pero al empezar a andar sintió una indefinible sensación de malestar que, antes de que pudiese hacer nada para evitarla, la arrastró al suelo, desplomándose menos bruscamente que la otra, ya que cayó primeramente de rodillas, deslizándose después hasta quedar tendida en el suelo.

* * *

Al recobrarse, Turla primero se puso en pie notando en seguida que la astronave, merced a su piloto automático, había aterrizado por sí sola.

Pero aquello no le preocupó más que un instante, vertiendo toda su atención en Smila, a la que logró reanimar en muy poco tiempo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

—No lo sé, querida. Lo único que puedo decirte es que hemos aterrizado sin novedad.

—¡Ha sido muy desagradable!

—En efecto.

Se dirigieron hacia la proa, donde toda la parte anterior era transparente, pero sin dispositivo telescópico, que sólo la astronave del jefe llevaba.

Y fue entonces cuando Turla, extendiendo su brazo derecho, señaló hacia abajo, lanzando una exclamación de asombro:

—¡Mira!

Smila vio la astronave uxiana destrozada en gran parte; pero en realidad su atención se concentró en los dos seres que, al pie del aparato, estaban mirando hacia ellas, con un asombro visible en sus rostros. Uno de ellos tenía un objeto negro y brillante en la mano derecha, y pasaba la izquierda por la cintura de la otra criatura.

—¡Un hombre y una mujer!

—¡Y no son Ux!

Se miraron las dos jóvenes.

—¿Qué significa todo esto, Smila?

—No lo sé. Pero creo que estamos ante dos seres de Macros.

—¿Entonces?

—Me parece que comprendo algo. Hemos debido de recuperar nuestro tamaño normal.

—¿Lo que les ocurrió a Krak y Tem?

—Eso mismo.

Permanecieron en silencio, contemplando a las criaturas, que no separaban los ojos de ellas.

—Son como nosotros... — musitó Smila.

—Y ella es muy bella, ¿verdad?

—Sí. No puedo evitar una emoción mucho más fuerte de lo que podría esperar.

—¿Y si hablásemos con ellos?

—¿Con el traductor?

—Sí.

—Habrá que convencerles de que no tenemos intenciones hostiles.

Smila sonrió tristemente.

—¿Lo crees posible, después de todo el mal que les hemos hecho?

—¡Voy a intentarlo de todos modos!

Y uniendo la acción a la palabra, se acercó a la superficie transparente, levantando ambas manos, en actitud de saludo y sonrió amistosamente.

El hombre bajó la mano que empuñaba el objeto negro y brillante y sonrió, siendo imitado por la muchacha que estaba a su lado.

—¡Les he convencido! ¡Fíjate cómo él ha dejado de apuntarnos con esa especie de arma que empuñaba! ¡Y han sonreído!

—No te fíes demasiado, Turla; deben odiarnos profundamente.

—¡No seas tonta! ¿Quién sabe si son incapaces de odiar? Tú vas a quedarte aquí, haciéndoles comprender que yo voy a bajar de la astronave…

Smila se alarmó.

—No seas tan imprudente.

—¡Haz lo que te digo, Smila, por favor!

—Está bien.

Y mientras Smila les intentaba explicar por señas que su compañera iba a salir del aparato, ésta lo hizo, saltando sobre el suelo y respirando con deleite el aire de aquella mañana.

Luego avanzó hacia ellos.

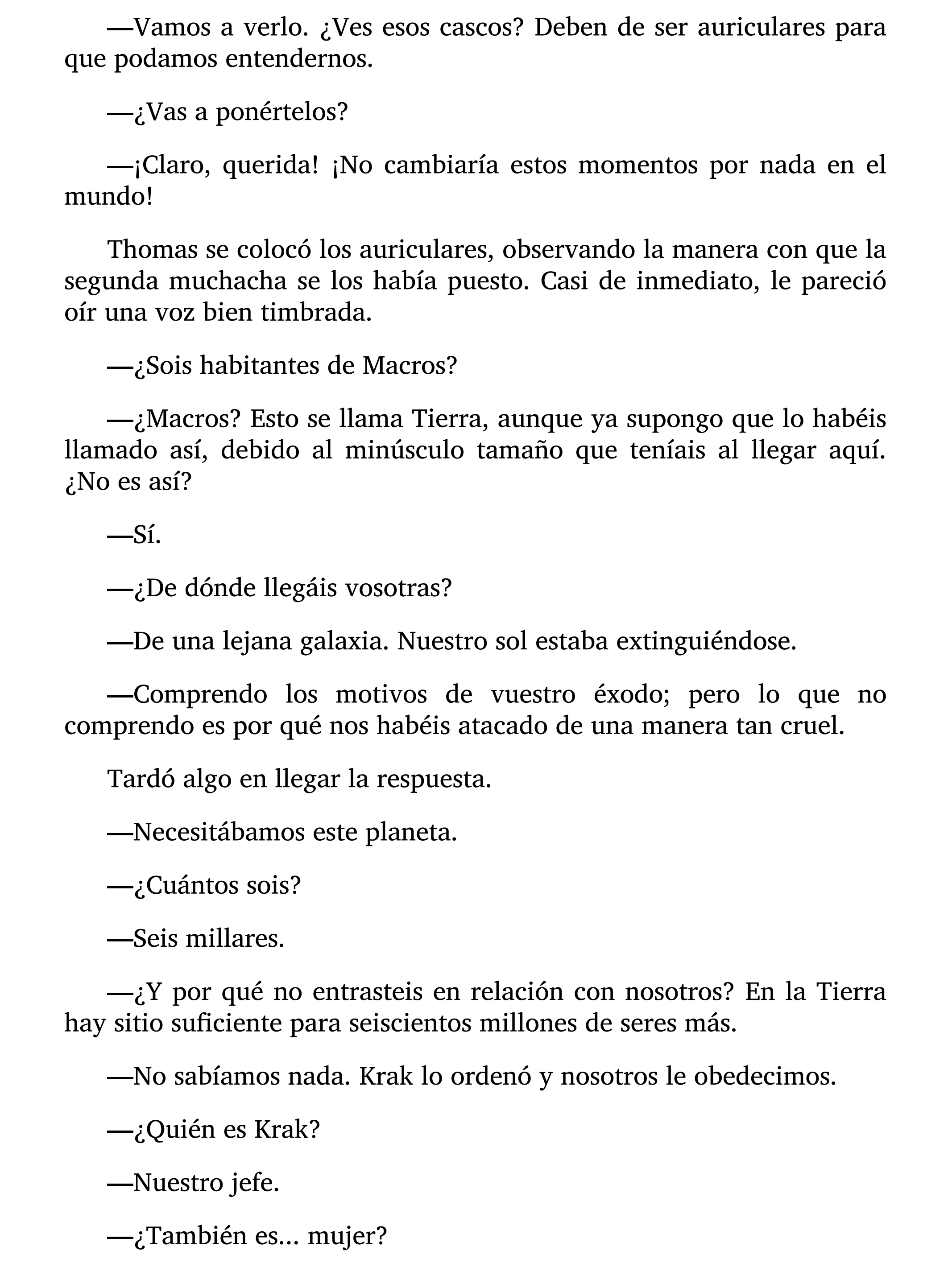
El hombre, por un momento, volvió a levantar el arma, pero la sonrisa de Turla le desarmó y él también sonrió.

Momentos más tarde, Smila dejaba caer, por la escotilla abierta, los cascos, dos parejas, del traductor, que iba a hacer posible la comunicación entre las dos especies de seres que el azar había reunido allí.

—Tengo miedo, Thomas —dijo Helen, cogiéndose fuertemente al brazo del joven.

—No lo tengas, querida. No creo que por el momento corramos ningún grave peligro. Estas muchachas parecen ser mucho más humanas de lo que podía pensarse. Esperaba ver guerreros fieros… ¡y se presentan mujeres!

—No te fíes, Thomas. Debajo de esas sonrisas pueden esconderse sentimientos odiosos.



—Vamos a verlo. ¿Ves esos cascos? Deben de ser auriculares para que podamos entendernos.

—¿Vas a ponértelos?

—¡Claro, querida! ¡No cambiaría estos momentos por nada en el mundo!

Thomas se colocó los auriculares, observando la manera con que la segunda muchacha se los había puesto. Casi de inmediato, le pareció oír una voz bien timbrada.

—¿Sois habitantes de Macros?

—¿Macros? Esto se llama Tierra, aunque ya supongo que lo habéis llamado así, debido al minúsculo tamaño que teníais al llegar aquí. ¿No es así?

—Sí.

—¿De dónde llegáis vosotras?

—De una lejana galaxia. Nuestro sol estaba extinguiéndose.

—Comprendo los motivos de vuestro éxodo; pero lo que no comprendo es por qué nos habéis atacado de una manera tan cruel.

Tardó algo en llegar la respuesta.

—Necesitábamos este planeta.

—¿Cuántos sois?

—Seis millares.

—¿Y por qué no entrasteis en relación con nosotros? En la Tierra hay sitio suficiente para seiscientos millones de seres más.

—No sabíamos nada. Krak lo ordenó y nosotros le obedecimos.

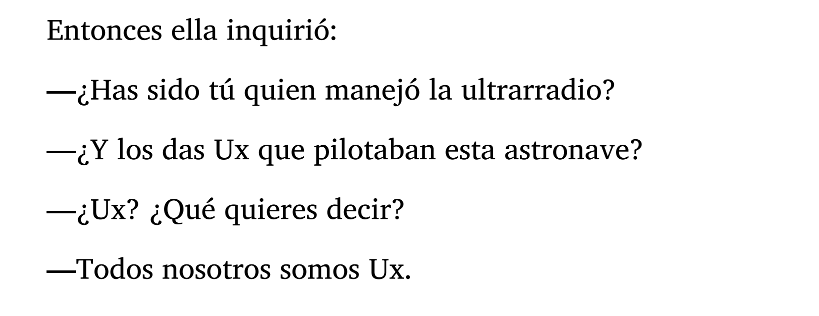
—¿Quién es Krak?

—Nuestro jefe.

—¿También es... mujer?

—No. Es un hombre como tú.

Thomas fue a decir que no le parecía nada caballeroso que los hombres dejasen que las mujeres peleasen; pero no dijo nada.



Entonces ella inquirió:

—¿Has sido tú quien manejó la ultrarradio?

—¿Y los das Ux que pilotaban esta astronave?

—¿Ux? ¿Qué quieres decir?

—Todos nosotros somos Ux.

—Comprendo —y después de una pausa—: Murieron. Se estrellaron contra un objeto metálico.

Se contemplaron en silencio; luego repentinamente algo llamó la atención de Smila, que se volvió hacia la astronave. El zumbador de llamadas lejanas estaba sonando.

—Me llaman —dijo.

Y se quitó el casco, pasándoselo a Turla, que se lo puso encantada.

Corriendo hacia la astronave Smila penetró velozmente en ella, precipitándose hacia la cabina, donde cogió febrilmente los aparatos comunicadores.

—¿Krak? — inquirió con ansiedad.

—No, soy Tem.

—¡Querido!

—¡Hola, Smila! ¿Estás bien?

—Sí. Nos ha ocurrido lo que debía acontecer: la astronave ha recuperado, así como nosotras, su tamaño normal. Como os ocurrió a vosotros. ¿Y Krak?

Hubo un corto silencio; después:

—No estoy con él, Smila.

—¿Que no estás con él? ¿Qué ha sucedido, Tem?

—Te quería para él y le golpeé... No sé si lo he matado... ¡Es un monstruo, querida; te lo aseguro!

Ella no dijo nada, pero las palabras del joven con el que acababa de hablar sonaron nuevamente en sus oídos.

«¿Por qué nos han atacado? Hay sitio en la Tierra para todos,»

—¡Smila! ¡Smila!

La voz de Tem estaba llena de congoja.

—¡Estoy aquí, querido!

—¿He hecho mal, Smila?

Ella guardó silencio unos instantes; luego dijo:

—No, no has hecho mal, Tem. ¿Dónde estás ahora?

—Huí de la astronave. Estoy en una especie de cráter, en este satélite desolado y sin atmósfera.

—Debes volver a la astronave, Tem. Debes volver y, si no has matado a Krak, ¡remátalo!

—¿Eh?

—Hazlo, amor mío. Estoy completamente segura de que podremos ser amigos de le» habitantes de este planeta. No es necesario que sembremos la muerte ni que luchemos... ¡Hazlo, Tem!

La voz del joven estaba impregnada de sincera emoción.

—Lo haré, Smila. Y te esperaré en la astronave.

—Bien, querido. Ten mucho cuidado... ¡Adiós!

—¡Adiós!

* * *

Tem no había podido retener las lágrimas, que surcaron sus mejillas. Después, colándose el transmisor, sintió por vez primera desde hacía muchísimo tiempo una sensación de alegría que le inundaba el alma.

Y se puso a andar hacia la astronave.

Para evitar que el viejo ambicioso pudiese verle a través del potente telescopio de proa, dio un rodeo, andando lo más cautelosamente posible y permaneciendo siempre fuera de la vista del espaciocohete.

Por fin, después de una larga hora de marcha, logró llegar hasta la nave, acercándose a ella por la popa.

Avanzó entonces precauciosamente, hasta llegar a la escotilla, que

abrió con toda suavidad, penetrando en el interior del artefacto y empezando a marchar hacia la proa, por el estrecho pasillo que cruzaba la nave en toda su longitud.

Fue entonces cuando oyó la voz de Krak, y se detuvo, helándosele la sangre en las venas.

—¡Cumplid mis órdenes! —pitaba el jefe—, ¡Quiero que se lleve a cabo un ataque contra ese planeta, ahora mismo! ¿Que habéis oído el mensaje que me ha enviado Smila? ¡No hagáis caso! ¡Es una traidora, aunque creo que los habitantes de Macros la han hecho prisionera, ordenándole que me dijese las estupideces que habéis oído!

Hubo un corto silencio.

—¡Eso es lo que deseo! ¡Hay que demostrar a esos seres nuestra potencia! Millones de ellos han muerto y los que quedan están aterrorizados ante nuestro poder... ¿Vamos a retroceder ahora, cuando ya hemos ganado virtualmente la batalla?

Otro silencio.

—De acuerdo. ¡Nada de piedad!

Y después de una nueva pausa.

—¡Buena suerte, valientes Ux!

Sintiendo que la rabia le llenaba la sangre, Tem siguió avanzando, percatándose de que todavía, con un poco de suerte, podría revocar las criminales órdenes que Krak acababa de dar.

Pero tenía que apresurarse.

Entró en la estancia con los puños cerrados.

Krak, que estaba de espaldas, se volvió al oír sus pasos.

Tenía el rostro y la cabeza ensangrentados; pero sus ojos brillaban como nunca los vio lucir Tem: cargados de un odio indescriptible.

Algo debió ver el jefe en la decidida mirada de Tem, porque retrocedió y con voz insegura:

—¿Qué quieres?

—¡Matarte!

El otro retrocedió aún más.

—¡No! —balbució—. ¡Haré de ti el más poderoso Ux de la historia! ¡No me mates, Tem!

Pero el joven no le escuchó. Y abalanzándose sobre el otro, cerró sus poderosas manos sobre su garganta, deseando terminar cuanto antes para poder radiar un nuevo mensaje a las astronaves que, con toda seguridad, se lanzaban ya hacia el planeta Macros.

El rostro de Krak fue palideciendo a medida que la asfixia le ahogaba; pero en última instancia, cuando ya la muerte velaba sus ojos, logró apoderarse de un objeto y golpeó con él la cabeza de Tem, que se desplomó sin conocimiento.

Aunque para Krak ya todo era inútil.

Cayó muerto.

CAPITULO X

Conversaron largamente y llegaron a la conclusión de que todo podía arreglarse entre los Ux y los humanos.

Por eso, loco de alegría y seguido por las tres muchachas —Helen se había hecho amiga de las otras dos—, Thomas se precipitó hacia el teléfono, pidiendo urgente comunicación con la capital federal.

—¡Póngame con Washington, señorita, por favor! ¡Es urgentísimo!

—¿Con quién quiere hablar, señor?

—Con la persona más allegada al presidente. Mi amigo, el doctor Max Larson fue a informar al presidente ayer…

—Haré lo imposible, señor.

Y les minutos pasaron lentamente.

Thomas fumaba carrillo tras cigarrillo, desesperándose y andando por la habitación como un león enjaulado.

Las muchachas, sentadas en sendos sillones, le contemplaban en silencio, pero sonriéndole con simpatía, como si deseasen sostenerle en aquellos momentos cruciales.

Hasta que el teléfono sonó.

Thomas se precipitó locamente sobre el aparato, descolgándolo con mano temblorosa.

—¡Diga!

—Un momento, señor. No me ha sido posible ponerle con la Casa Blanca, ni con el Pentágono. Todos los teléfonos oficiales han sido controlados por el ejército; pero de todos modos he logrado, merced al servicio de información del FBI, localizar a su amigo. Dentro de un instante hablará usted con él.

—Gracias.

En efecto, momentos más tarde, la voz de Larson sonaba al otro lado del hilo.

—¡*Hello*!

—¡Aquí, Thomas!

—¡Hola, querido amigo! ¿Cómo estáis?

—Bien. Deseaba hablar contigo, Max.

—Y yo contigo… ¡Ha sido un triunfo, Thomas; un verdadero triunfo!

—¿A qué te refieres?

—A que tenías toda la razón. Es más que seguro que te den la Medalla del Congreso. Serás el hombre más célebre del planeta.

—Pero, ¿por qué?

—¡Todo ha resultado como tú lo dijiste! Las astronaves enemigas se volvieron de tamaño normal y han sido destruidas por todas las partes del mundo. Ahora mismo, una gran formación que se acercaba a la Tierra para atacarnos, está siendo aniquilada con proyectiles teledirigidos, que salen de todas las rampas del mundo. ¡La victoria es nuestra, Thomas!

La sangre se heló en las venas de Turner.

—¡Escucha, Max! ¡Es necesario que toda esa matanza cese inmediatamente!

—¿Te has vuelto loco?

—¡Escucha, Max! ¡Debes ir ahora mismo al Pentágono! ¡Max! ¡Max! ¡Señorita telefonista! ¡Señorita, por favor!

—¿Diga, señor?

—¡Han cortado la comunicación!

—Lo lamento, señor. Ya le dije que los militares tienen prioridad absoluta.

—¿Y cuándo podría volver a hablar con mi amigo?

—No puedo decírselo, señor; pero quizá dentro de una hora, con un poco de suerte.

—Gracias.

Y colgó, balbuceando:

—Con un poco de suerte…

Luego miró a las muchachas. Excepto Helen, que al comprenderlo todo había palidecido intensamente las otras dos seguían sonriendo, seguras de haber conseguido que la catástrofe no se consumase.

Con la mirada baja, Thomas terminó, gracias a los auriculares del traductor, de contar a aquellas dos criaturas lo que en realidad había pasado.

Ellas lo escucharon atentamente, mirándole con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Todos nuestros esfuerzos han sido inútiles —terminó diciendo Thomas—, Yo hubiese deseado, como vosotras, que los viejos yerros se hubieran olvidado y que una floreciente amistad hubiera nacido entre los dos pueblos; pero ha sido inútil.

Smila tardó en contestar.

—El destino — dijo— ha dicho su palabra. Nosotros no debimos jamás atacar a un pueblo que, después de todo, era idéntico a nosotros. En realidad, cuando salimos de nuestra lejana Galaxia, no pensábamos más que en encontrar un mundo deshabitado donde instalarnos. La ambición desmedida de Krak nos ha perdido.

Y mirando fijamente a Thomas dijo:

—Supongo que ahora nos matarán.

—¿Mataros? ¿Por qué? ¡No, Smila! Nadie os hará el menor daño. Después de todo, vosotras no habéis sido culpables de la maldad de ese Krak.

—Sois buenos.

—No lo creas. Somos como vosotros o quizá peores; pero al mismo tiempo también sabemos portarnos como se debe comportar un ser humano en determinadas circunstancias.

—¡Oigo un coche, Thomas! —exclamó Helen, poniéndose rápidamente en pie.

—¡Venid! Debe de ser mi amigo Larson.

En efecto, momentos más tarde Max descendía de su coche, abrazando a Helen.

Después, al percatarse de la presencia de la segunda astronave y

de las dos mujeres, miró significativamente a Thomas.

Este lo llevó a la casa, donde entraron todos.

Luego, poco a poco, le explicó la tremenda aventura de aquellas dos criaturas y todo lo que podía haberse evitado si la comunicación telefónica que habían tenido no se hubiese cortado.

Max movió la cabeza de un lado para otro.

—Ha sido mejor así, Thomas.

—¿Eh?

—Sí, amigo mío. Han vengado a sus muertos y ahora están dispuestos a seguir, secando sus lágrimas. La reconstrucción del mundo va a reempezar. Los muertos serán cristianamente enterrados, los que no han sido quemados, y la gente volverá a la vida con la inmensa satisfacción de haber evitado el más horrendo peligro que se cernió sobre el globo. Ningún ser humano hubiese podido convivir con los que fueron los culpables de la muerte de amigos, familiares, vecinos o compatriotas. Sí, Thomas, ha sido mejor así.

—Creo que tienes razón, amigo. ¡Soy un pobre soñador!

—No, Thomas; eres sencillamente un hombre bueno, un espíritu universal, capaz de admitir todo lo que sea bueno para todos.

—Es posible.

—¿Y qué vamos a hacer con estas muchachas?

—¿Qué quieres decir?

—Que corren peligro de ser descubiertas. Y la furia popular está muy lejos de estar calmada. Todas las astronaves que aterrizaron fueron asaltadas y sus ocupantes destrozados, linchados...

—Era natural. Creo que lo mejor es preguntárselo a ellas.

Y poniéndose el casco se dirigió a Smila.

Esta le escuchó atentamente, asintiendo tristemente con la cabeza; después, cuando él hubo terminado:

—Comprendo todo, amigo —era la primera vez que lo llamaba así —. Sí, tendremos que unirnos. Después de todo, no hemos perdido la esperanza; Tem me está esperando en vuestro satélite.

Se quitó el casco y habló largamente con su compañera; ésta, sin poderlo evitar, comenzó a sollozar blandamente.

Sonriendo, Smila cogió nuevamente el casco.

—Turla —dijo a Thomas— está tremendamente triste y se siente desgraciada. Sabe que Tem es mi esposo y que, normalmente, no tendrá cabida entre nosotros dos. Por eso… —su voz tembló un poco— deseaba saber si tú serías capaz de hacerla tu esposa.

—¿Eh?

Era tan inesperada la pregunta, que Thomas se quedó con la respiración cortada, tardando casi cinco minutos en contestar.

Pero cuando lo hizo una sonrisa simpática ornaba su rostro.

—¿Está segura Turla de poder vivir en este planeta?

—Sí; aunque es mejor que te lo diga ella.

Pasó el casco a la otra joven, cuyas mejillas se habían cubierto de rubor.

—Smila me ha dicho que deseabas quedarte entre nosotros. ¿Crees que podrás?

—Si tú lo mandas, sí.

—Yo lo deseo.

—Y yo también. Aprenderé vuestras costumbres y vuestro lenguaje rápidamente. Soy profesor de física y…

—¿Profesor de física? —inquirió Thomas, creyéndose en el mejor de los paraísos.

—Sí. ¿No lo crees?

—¿Por qué no, querida? —la palabra se le atragantó un poco—. ¡Es que yo también soy físico!

—Estupendo!

El teléfono sonó entonces.

Cogiendo el aparato, Max preguntó:

—¿Diga?

—Aquí Warner. Soy el comandante de la escuadrilla 347. Uno de mis aviones acaba de ver dos astronaves enemigas ahí; pero al ver un coche hemos querido telefonear antes de destruirlas.

—No haga nada de eso, comandante. Estas dos astronaves pertenecen al Museo de Astronáutica de Estados Unidos.

—Perfectamente. ¿Y sus ocupantes?

—Muertos.

—*Okay*.

Max colgó, lanzando un profundo suspiro; luego, dirigiéndose a su amigo, dijo:

—Si tienen que marcharse, deben hacerlo cuanto antes, Thomas.

—Sólo se marcha Smila.

—¿Y... la otra?

—Estamos prometidos.

Max no pudo evitar una carcajada y hubiese seguido riendo a no ser por Helen, que, tomándole de un brazo, dijo:

—Vamos, querido. No tiene nada de extraordinario. El amor es universal.

—Tienes razón.

Acompañaron a Smila hasta la astronave y la muchacha habló largamente con Tem, prohibiéndole que, como él deseaba, viniese a buscarla

Terminó diciendo:

—Estaré ahí en seguida, amor mío.

Luego cortó la comunicación.

—No sé dónde iremos —dijo, dirigiéndose a Thomas, que seguía con el casco puesto.

—¿Por qué no vais a Venus? Es un planeta que debe de ser perfectamente habitable. Allí podréis vivir tranquilos.

Ella le pidió detalles, y cuando hubo anotado los datos se volvió hacia los humanos.

—Adiós.

Todos la estrecharon entre sus brazos, intensamente emocionados.

—Hubiese sido demasiado bello —dijo la mujer Ux.

Y todos comprendieron el profundo sentido de aquellas palabras.

—¿Cómo sabremos que todo ha ido bien, Smila? —inquirió el físico, pensando en los servicios de vigilancia establecidos en todo el mundo.

—No temas. Ninguno de vuestros proyectiles me alcanzara; pero, para que sepáis que me he reunido con Tem, prenderemos una bomba de magnesio al abandonar vuestro satélite. El magnesio producirá una llamarada visible desde aquí, ya que procuraremos hacerlo cuando sea de noche en esta parte de la Tierra.

—De acuerdo.

Fueron saliendo de la astronave, dejando sola a la muchacha uxiana.

Una vez abajo, las dos parejas, entrelazadas, miraron cómo Smila maniobraba su aparato, haciendo que la punta se levantase en posición de partida.

Todo estaba dispuesto.

Antes de poner en marcha la astronave, Smila se asomó a la parte transparente de la proa, haciendo un signo de amistoso adiós.

Su rostro estaba cubierto de lágrimas al murmurar unas palabras que no llegaron a sus oyentes.

También lloraban Helen y Turla en aquel emotivo momento.

—¡Adiós, Smila! —dijo Turla

En cuanto a los dos hombres, hubieron de morderse fuertemente los labios para evitar que las lágrimas, que pugnaban por asomar a sus ojos, quedasen allí, haciendo más dolorosa la opresión que sentían en el pecho.

EPILOGO

Parecía que la vida había renacido por doquier. Todos los pueblos de la Tierra, conscientes de la victoria que había obtenido, celebraron jubilosas fiestas y los museos engrosaron sus maravillas con las astronaves que, por fortuna, habían sido salvadas de la furia de los hombres.

Después de ir a Washington, donde le fue impuesta la Medalla del Congreso, Thomas, al que se había anunciado la concesión de un Premio Nobel extraordinario, regresó a la granja donde había dejado a sus amigos.

Cuando su vehículo se detuvo ante la granja sus amigos corrieron hacia él y Turla le besó tiernamente.

—¿Qué hay, héroe mundial? — inquirió Max.

—Tenía ganas de volver a la paz de este rincón; te doy mi palabra. Además, los hombres ignoran todo lo que nosotros sabemos y eso me hace daño.

—¿Por qué?

—Porque siguen convencidos de que las Ux eran unos horribles monstruos crueles. He oído decir que alguien afirmaba que los invasores habían logrado, gracias a una plasticidad especial, adoptar la forma humana para engañarnos.

—¡Lo de siempre! Es ese necio orgullo, viejo como el mundo, de creer que no puede haber nadie como nosotros.

—¡No hagas caso, Thomas! —exclamó Helen.

—Ya lo sé, amiga mía. Pero yo les mostraría a Turla y me reiría de todos esos estúpidos fantasiosos, haciendo que admirasen a esta criatura que, además de ser bella, posee una inteligencia maravillosa.

—Es mejor que no lo hagas.

—Sí — insistió Helen—. Todo serían complicaciones y dolores de cabeza. Porque lo que se te puede tolerar hoy, en que eres una figura popular, no se te consentiría mañana, cuando el desagradecido mundo haya olvidado lo que hiciste por él.

—Tienes mucha razón.

—¿Sabes que Turla está aprendiendo el inglés a una velocidad loca?

—¿De verdad?

La Ux se acercó a él.

—Es... verdad, amor mío... Yo pronto poder decir todo lo que sentir...

—¡Eres deliciosa! —exclamó Thomas, cogiéndola entre sus brazos.

Todos pasaron al interior de la casa, donde compartieron los alimentos y la alegría, que se había generalizado.

Al llegar la noche salieron a la terraza, ya que Max había comunicado a su amigo que nada había aparecido sobre la Luna.

—¿Les habrá ocurrido algo?

—No lo creo.

Y permanecieron en silencio, entrelazadas las parejas y con la mirada en el pálido satélite, que parecía flotar sobre la negrura del espacio.

Pasó el tiempo.

Luego, repentinamente, una llamarada blanca pareció surgir de la Luna, lanzando un poderoso reflejo hacia el espacio.

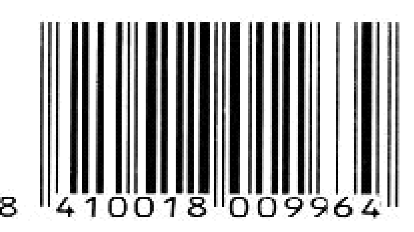
—¡¡Lo han logrado!!

-¡Sí!

—Que sean muy felices —dijo Thomas.

Y poco después las dos parejas se besaban tiernamente, seguros en su fuero interior de que allá lejos, a bordo de una astronave que avanzaba velozmente hacia Venus, otros dos amantes se besaban, llenando el mundo con la esperanza de una nueva raza que iba a sentarse, sin violencia ni crueldad, en el lucero matutino.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.
Impreso en España

([1]1) Evidentemente, la escena donde nos sitúa el autor es verdaderamente fantástica. La astronave se ha posado sobre una lámina de cristal —el portaobjetos— de unos 5 centímetros de largo por 2 de ancho. En su centro se eleva una gota de agua, donde están los microbios. El espectáculo, para las dos astronautas, debía de ser ciertamente extraordinario, ya que en cualquier otra dimensión ningún líquido podía adquirir la forma de una gota, debido a la tensión superficial. *(Nota del Editor.)*

([2] 1) En realidad, el microorganismo responsable del cólera no es un bacilo, sino

un «vibrión», descubierto por Robert Koch, en 1883